

[DE DIVERSIS QUAESTIONIBUS AD SIMPLICIANUM.]

DE SUBSEQUENTI OPERE

EX LIBRO DE PRAEDESTINATIONE SANCTORUM, CAP. IV.

«Véis ciertamente qué pensaba entonces sobre la fe y las obras, aunque me esforzaba por encomendar la gracia de Dios: en esta opinión veo ahora a estos nuestros hermanos; porque no se han preocupado de progresar conmigo en la lectura de mis libros. Pues si se hubieran preocupado, habrían encontrado esta cuestión resuelta según la verdad de las Escrituras divinas en el primer libro de los dos que escribí a Simpliciano de bendita memoria, obispo de la Iglesia de Milán, sucesor del santo Ambrosio, al inicio de mi episcopado.»

Ibid. infra:---«He aquí por qué dije anteriormente que también yo fui convencido por este testimonio apostólico (I Cor. IV, 7) cuando pensaba de otra manera sobre este asunto; lo cual Dios me reveló al resolver esta cuestión, cuando, como dije, escribía al obispo Simpliciano.»

EX LIBRO DE DONO PERSEVERANTIAE, CAP. XX

«Comencé a entender más plenamente en esa discusión que escribí a Simpliciano de bendita memoria, obispo de la Iglesia de Milán, al inicio de mi episcopado, cuando reconocí y afirmé que el inicio de la fe es un don de Dios.»

Ibid. cap. 21:---«Vean si en las partes posteriores del primer libro, de los dos que escribí al obispo Simpliciano de Milán al inicio de mi episcopado, antes de que apareciera la herejía pelagiana, quedó algo que llame a duda, que la gracia de Dios no se da según nuestros méritos: y si allí no traté suficientemente que incluso el inicio de la fe es un don de Dios; y si de lo que allí se dijo, no se desprende consecuentemente, aunque no esté expresado, que incluso la perseverancia hasta el fin no se concede sino por aquel que nos predestinó para su reino y gloria.»

EX II TOMO EPISTOLA XXXVII.

«Al señorísimo y venerablemente sincero en la más pura caridad, padre SIMPLICIANO, AGUSTÍN, en el Señor, salud.

1. «Recibí las cartas llenas de gozos buenos, porque te acuerdas de mí, y me amas, como sueles, y te alegras grandemente por cualquier don que el Señor se ha dignado concederme con su misericordia, no por mis méritos, enviadas por el favor de tu Santidad: en las cuales no encontré un afecto paterno hacia mí repentino y nuevo de tu benignísimo corazón, sino que lo reconocí claramente como experimentado y conocido, señorísimo y venerablemente sincero en la más pura caridad.

2. «¿De dónde ha surgido tanta felicidad para nuestro trabajo literario, en el que hemos sudado en la redacción de ciertos libros, que fueran leídos por tu Dignación? Sino porque el Señor, a quien está sometida mi alma, quiso consolar mis preocupaciones, y recrearme del temor, en el que es necesario que esté solícito en tales obras, no sea que por ignorancia o descuido, aunque en el campo más llano de la verdad, tropiece. Pues cuando te agrada lo que escribo, sé a quién le agrada; porque sé quién habita en ti. El mismo distribuidor y dador de todos los dones espirituales confirmará mi obediencia por tu juicio. Pues cualquier cosa que tengan esos escritos digna de tu deleite, en mi ministerio dijo Dios, Sea, y fue hecho; y en tu aprobación vio Dios que era bueno.

3. «Las pequeñas cuestiones que te has dignado ordenar que resuelva, aunque por mi tardanza no las entendiera, las abriría ayudado por tus méritos. Solo te pido que ruegues a Dios por mi debilidad; y ya sea en aquellas en las que has querido benignamente ejercitarme como padre, o en cualquier otra cosa que de las nuestras lleguen a tus santas manos, porque reconozco tanto los dones de Dios como mis errores, no solo dediques el cuidado de leer, sino que también asumas la censura de corregir. Adiós.»

S. AURELIO AGUSTÍN, OBISPO DE HIPONA, De Diversis Quaestionibus AD SIMPLICIANUM LIBRI DUO. (C)

LIBRO PRIMERO.

En el cual se tratan dos cuestiones de Simpliciano de la Epístola de Pablo a los Romanos.

PREFACIO.

Me enviaste, padre Simpliciano, una dignación de tus preguntas realmente gratisima y suavísima: a las cuales, si no intentara responder, no solo sería contumaz, sino también ingrato. Y aquellas que propusiste resolver sobre el apóstol Pablo, ya habían sido de alguna manera discutidas y consignadas por nosotros en escritos. Pero sin embargo, no contento con la investigación y explicación pasada, he examinado con más cautela y atención esas mismas palabras apostólicas y el tenor de las sentencias, no sea que hubiera pasado algo por alto negligentemente. Pues no consideraría que debían ser preguntadas, si su entendimiento fuera fácil y expedito.

CUESTIÓN PRIMERA.

1. La ley, ¿para qué fue dada? La concupiscencia aumentada por la ley. ¿Cómo estaba muerto el pecado sin la ley? ¿Cómo revivió? Alguien usa mal la ley. La ley solo es cumplida por los espirituales. Carnales llamados de dos maneras. Pena del pecado original. ¿Qué es la ley del pecado en los miembros? Lugares donde la ley puede parecer mala. La ley es buena. Error de los maniqueos sobre la ley antigua. Se explican los testimonios por los cuales la ley puede parecer no buena. Pues desde el lugar donde está escrito, ¿Qué diremos entonces? ¿La ley es pecado? De ninguna manera; hasta el lugar donde dice, Por tanto, la ley es buena para mí que quiero el bien; y demás, creo que hasta aquello, ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor (Rom. VII, 7-25): quisiste que resolviéramos la primera cuestión. En este lugar me parece que el Apóstol ha transfigurado en sí al hombre puesto bajo la ley, en cuyas palabras habla desde su propia persona. Y porque poco antes había dicho, Hemos sido liberados de la ley de la muerte, en la cual estábamos detenidos, para que sirvamos en la novedad del espíritu, y no en la vejez de la letra, y así por estas palabras podría parecer que había reprendido la ley; inmediatamente añadió, ¿Qué diremos entonces? ¿La ley es pecado? De ninguna manera. Pero el pecado no lo conocí sino por la ley. Pues no conocía la concupiscencia, si la ley no dijera, No codiciarás.

2. Aquí nuevamente surge, Si la ley no es pecado, sino insinuada del pecado, no obstante, es reprendida con estas palabras. Por lo cual debe entenderse que la ley fue dada no para que se insertara el pecado, ni para que se extirpara, sino solo para que se demostrara, para que al hacer culpable al alma humana, como segura en su inocencia, por la misma demostración del pecado: para que, como el pecado no podía ser vencido sin la gracia de Dios, por la misma preocupación de la culpa se convirtiera a recibir la gracia. Por tanto, no dijo, No hice pecado sino por la ley; sino, No conocí el pecado sino por la ley. Ni tampoco dijo, Pues no tenía

concupiscencia, sino la ley dijera, No codiciarás; sino dijo, No conocía la concupiscencia sino la ley dijera, No codiciarás. De donde se muestra que la concupiscencia no fue insertada por la ley, sino demostrada.

3. Era consecuente que, como aún no se había recibido la gracia, no se podía resistir a la concupiscencia, también se aumentara; porque la concupiscencia tiene mayores fuerzas con el crimen de la transgresión añadido, cuando también actúa contra la ley, que si no fuera prohibida por ninguna ley. Consecuentemente, pues, añade, Pero tomando ocasión, el pecado por el mandamiento obró en mí toda concupiscencia. Pues existía también antes de la ley, pero no era toda, cuando aún faltaba el crimen de la transgresión. De donde en otro lugar dice: Pues donde no hay ley, tampoco hay transgresión (Rom. IV, 15).

4. Pero lo que añade, Pues sin la ley el pecado está muerto; se ha puesto por aquello, como si dijera, Está oculto, esto es, se considera muerto: lo cual poco después dirá más claramente. Pero yo vivía sin ley alguna vez: esto es, no me aterraba ninguna muerte por el pecado; porque no aparecía, cuando no había ley, Pero viniendo el mandamiento, el pecado revivió; esto es, apareció. Pero yo morí: esto es, conocí que estaba muerto; o porque la culpa de la transgresión amenaza un cierto castigo de muerte. Ciertamente lo que dice, El pecado revivió viniendo el mandamiento, significó suficientemente que de este modo alguna vez vivió el pecado, esto es, fue conocido, como creo, en la transgresión del primer hombre, porque él también había recibido un mandamiento (Gen. II, 17). Pues en otro lugar dice, Pero la mujer, siendo engañada, cayó en transgresión (I Tim. II, 14): y de nuevo, En la semejanza de la transgresión de Adán, que es figura del que había de venir (Rom. V, 14). Pues no puede revivir, sino lo que alguna vez vivió. Pero había muerto, esto es, estaba oculto, cuando los mortales nacidos sin el mandamiento de la ley vivían, siguiendo las concupiscencias de la carne sin ningún conocimiento, porque sin ninguna prohibición. Por tanto, dice, Pero yo vivía sin ley alguna vez. De donde manifiesta que no habla propiamente desde su persona, sino generalmente desde la persona del hombre viejo. Pero viniendo el mandamiento, el pecado revivió. Pero yo morí; y se halló que el mandamiento que era para vida, esto es para muerte. Pues si se obedece al mandamiento, ciertamente es vida. Pero se halló que era para muerte, mientras se actúa contra el mandamiento, para que no solo se haga pecado, lo cual también se hacía antes del mandamiento, sino esto más abundantemente y perniciosamente, para que ya se peque sabiendo y transgrediendo.

5. Pues el pecado, dice, tomando ocasión por el mandamiento, me engañó, y por él me mató. El pecado no usando legítimamente la ley, con el deseo aumentado por la prohibición, se hizo más dulce, y por eso engañó. Pues es una dulzura engañosa, la cual muchas y mayores amarguras de penas siguen. Porque, pues, por los hombres que aún no han recibido la gracia espiritual se admite más suavemente lo que se prohíbe, el pecado engaña con falsa dulzura. Porque también se añade la culpa de la transgresión, mata.

6. Así que la ley es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno. Pues manda lo que debe mandarse, y prohíbe lo que debe prohibirse. ¿Lo que es bueno, pues, se me ha hecho muerte? De ninguna manera. Pues en el que usa mal está el vicio, no en el mandamiento mismo, que es bueno. Porque la ley es buena, si alguien la usa legítimamente (I Tim. I, 8). Pero usa mal la ley, quien no se somete a Dios con pía humildad, para que por la gracia la ley pueda cumplirse. Por tanto, no recibe la ley para otra cosa, quien no la usa legítimamente, sino para que su pecado que estaba oculto antes de la prohibición, comience a aparecer por la transgresión. Y esto en gran manera; porque ya no solo se hace pecado, sino también contra el mandamiento. Por tanto, añade, y dice: Pero el pecado, para que aparezca pecado, por lo bueno me obró muerte, para que se haga en gran manera pecador o pecado por el

mandamiento. De donde manifiesta en qué sentido dijo antes, Pues sin la ley el pecado está muerto; no porque no era, sino porque no aparecía: y cómo se dijo, El pecado revivió; no para que fuera lo que era también antes de la ley, sino para que apareciera, puesto que se hacía contra la ley: ya que en este lugar dice, Pero el pecado, para que aparezca pecado, por lo bueno me obró muerte. Pues no dijo, para que sea pecado; sino, para que aparezca pecado.

7. Luego añade la causa, por qué es así: Pues sabemos, dice, que la ley es espiritual; pero yo soy carnal. En lo cual muestra suficientemente que no puede cumplirse la ley sino por los espirituales, que no se hacen sino por la gracia. Pues cuanto más se asemeja alguien a la ley espiritual, esto es, cuanto más él mismo se eleva al afecto espiritual, tanto más la cumple; porque tanto más se deleita en ella, ya no afligido bajo su carga, sino vivificado por su luz: porque el precepto del Señor es claro iluminando los ojos, y la ley del Señor es inmaculada convirtiendo las almas (Sal. XVIII, 8, 9); la gracia perdonando los pecados, e infundiendo el espíritu de caridad, por el cual no solo no es molesta, sino que también es justa y agradable. Ciertamente cuando dijo, Pero yo soy carnal; también añadió cómo es carnal. Pues han sido llamados carnales de alguna manera, ya también constituidos bajo la gracia, ya redimidos por la sangre del Señor, y renacidos por la fe, a quienes el mismo apóstol dice: Y yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales; como a niños en Cristo os di a beber leche, no alimento (I Cor. III, 1, 2). Al decir esto, ciertamente mostró que ya habían renacido por la gracia, que eran niños en Cristo y debían ser alimentados con leche, y sin embargo aún los llama carnales. Pero quien aún no está bajo la gracia, sino bajo la ley, es tan carnal, que aún no ha renacido del pecado, sino vendido bajo el pecado; porque abraza el precio de la dulzura mortal de la voluptuosidad engañosa, y por eso se deleita en hacer incluso contra la ley, cuando tanto más le agrada, cuanto menos le es lícito. Pues no puede disfrutar de esa dulzura como precio de su condición, sino que se ve obligado como esclavo comprado a servir a la lujuria. Pues siente que es esclavo de la codicia dominante, quien es prohibido, y reconoce que es prohibido correctamente, y sin embargo lo hace.

8. Pues lo que hago, dice, no lo entiendo. No se dijo aquí, no entiendo, como si no supiera que peca. Pues será contrario a lo que dijo, Pero el pecado, para que aparezca pecado, por lo bueno me obró muerte; y aquello anterior, Pero el pecado no lo conocí sino por la ley. Pues ¿cómo aparece, o cómo conoció lo que ignora? Pero se dice a veces que ignoramos lo que no aprobamos. Así pues, dice, Pues lo que hago, no lo entiendo; esto es, no lo apruebo. Lo cual muestra consecuentemente, diciendo, Pues no hago lo que quiero; sino lo que aborrezco, eso hago. Pues lo que dice, aborrezco, eso dice, no entiendo: porque a quienes el Señor dirá, No os conozco (Mat. XXV, 12); de ellos se dice, Aborreciste, Señor, a todos los que hacen iniquidad (Sal. V, 7).

9. Si pues lo que no quiero, eso hago; consiento con la ley, que es buena. Pues no quiere lo que también la ley: pues eso prohíbe la ley. Consiente pues con la ley, no en cuanto hace lo que ella prohíbe, sino en cuanto no quiere lo que hace. Pues es vencido aún no liberado por la gracia, aunque ya por la ley sabe que hace mal, y no quiere. Pero lo que sigue, y dice, Ahora pues ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí; no lo dice porque no consiente en hacer el pecado, aunque consiente con la ley para reprobalo. Habla pues aún desde la persona del hombre constituido bajo la ley, aún no bajo la gracia, quien ciertamente es arrastrado a obrar mal por la concupiscencia dominante y engañadora dulzura del pecado prohibido, aunque desde la parte del conocimiento de la ley lo repruebe. Pero por eso dice, No soy yo quien lo hace, porque vencido lo hace. La codicia ciertamente lo hace, a la cual cediendo se somete. Para que no se ceda, y la mente del hombre sea más fuerte contra la codicia, la gracia lo hace, de la cual después hablará.

10. Pues sé, dice, que no habita en mí, esto es en mi carne, el bien. Por lo que sabe, consiente con la ley: pero por lo que hace, cede al pecado. Pues si alguien pregunta de dónde sabe esto, que dice que no habita en su carne ciertamente el bien, esto es el pecado: ¿de dónde, sino de la transmisión de la mortalidad y la asiduidad de la voluptuosidad? Aquello es de la pena del pecado original, esto es de la pena del pecado frecuentado. Con aquello nacemos en esta vida, esto añadimos viviendo. Estas dos cosas, a saber, como naturaleza y costumbre, unidas, hacen la concupiscencia más robusta e invencible, lo que llama pecado, y dice que habita en su carne, esto es, obtiene un cierto dominio y casi reino. De donde está aquello en el Salmo, Elegí ser despreciado en la casa del Señor más que habitar en las tiendas de los pecadores (Sal. LXXXIII, 11); como si no habitara, aunque esté allí, quien es despreciado allí, dondequiera que esté: de donde insinúa que la habitación debe entenderse con cierto principado. Pero si por la gracia se hace en nosotros lo que en otro lugar dice, Para que no reine el pecado en nuestro cuerpo mortal para obedecer a sus deseos (Rom. VI, 12), ya no se dice propiamente habitar.

11. Pues querer, dice, está a mi alcance, pero no encuentro cómo realizar el bien. Con estas palabras parece quitar el libre albedrío a quienes no entienden correctamente. Pero ¿cómo lo quita, cuando dice, Querer está a mi alcance? Ciertamente el mismo querer está en nuestro poder, porque está a nuestro alcance: pero que realizar el bien no está en nuestro poder, pertenece al mérito del pecado original. Pues esta no es la primera naturaleza del hombre, sino la pena del delito, por la cual se hizo esta mortalidad, como una segunda naturaleza, de la cual nos libera la gracia del Creador sometidos a él por la fe. Pero estas son ahora voces del hombre constituido bajo la ley, aún no bajo la gracia. Pues no hace el bien que quiere, quien aún no está bajo la gracia; sino que lo que no quiere el mal, eso hace, superando la concupiscencia, no solo con el vínculo de la mortalidad, sino con el peso de la costumbre fortalecida. Pero si lo que no quiere, eso hace; ya no es él quien lo hace, sino el pecado que habita en él: como se dijo antes y se explicó.

12. Invenio, por tanto, dice, una ley en mí que quiere hacer el bien, ya que el mal está presente en mí: es decir, encuentro que la ley es buena para mí cuando quiero hacer lo que la ley manda, ya que el mal está presente en mí, facilitando el hacer el mal. Porque lo que dijo antes, "Querer está presente en mí", lo dijo en referencia a la facilidad. ¿Qué es más fácil para el hombre bajo la ley que querer el bien y hacer el mal? Pues también eso lo quiere sin dificultad, aunque no lo haga tan fácilmente como lo quiere; y lo que odia lo tiene fácilmente, aunque no lo quiera: como quien se precipita sin dificultad en el abismo, aunque no lo quiera ni lo odie. Dije esto por la palabra que usó, "está presente". Así, el hombre bajo la ley, aún no liberado por la gracia, da testimonio de que la ley es buena; da testimonio precisamente al reprocharse a sí mismo por actuar contra la ley: y encuentra que es buena para él, queriendo hacer lo que ella manda, pero no pudiendo debido a la concupiscencia que prevalece; y así se ve implicado en la culpa de la transgresión, para que implore la gracia del libertador.

13. Porque me deleito, dice, en la ley de Dios según el hombre interior: ciertamente en esa ley que dice, "No codiciarás". Pero veo, dice, otra ley en mis miembros, que lucha contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo bajo la ley del pecado que está en mis miembros. Llama ley en sus miembros al mismo peso de la mortalidad, bajo el cual gemimos agobiados (II Cor. V, 4). Porque el cuerpo que se corrompe agobia el alma (Sab. IX, 15). Por lo cual sucede a menudo que lo que no es lícito deleita invenciblemente. A este peso que oprime y urge lo llama ley, porque ha sido impuesto y atribuido con justicia como castigo por el juicio divino, por aquel que advirtió al hombre, diciendo: "El día que comáis, moriréis" (Gén. II, 17). Esta ley se opone a la ley de la mente que dice, "No codiciarás": a la cual el hombre se deleita

según el hombre interior; y antes de que alguien esté bajo la gracia, se opone de tal manera que lo lleva cautivo bajo la ley del pecado, es decir, bajo sí misma. Pues cuando dice, "que está en mis miembros", muestra que es la misma de la que dijo antes, "Veo otra ley en mis miembros".

14. Todo esto se dice para demostrar al hombre cautivo que no debe presumir de sus propias fuerzas. Por eso reprendía a los judíos, como si se gloriasen soberbiamente de las obras de la ley, cuando eran arrastrados por la concupiscencia a todo lo ilícito, aunque la ley de la que se gloriaban dice, "No codiciarás". Humildemente, por tanto, debe decirse al hombre vencido, condenado, cautivo, y ni siquiera victorioso al recibir la ley, sino más bien transgresor, humildemente debe exclamar, "¡Miserable de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor". Pues esto es lo que queda en esta vida mortal al libre albedrío, no para que el hombre cumpla la justicia cuando quiera, sino para que se convierta con piedad suplicante a aquel por cuyo don puede cumplirla.

15. En toda esta estructura del discurso apostólico que hemos tratado, cualquiera que piense que el Apóstol sintió que la ley es mala, porque dice, "La ley se introdujo para que abundara el delito" (Rom. V, 20); y, "El ministerio de muerte grabado en letras sobre piedras" (II Cor. III, 7); y, "La fuerza del pecado es la ley" (I Cor. XV, 56), y, "Habéis muerto a la ley por el cuerpo de Cristo para que seáis de otro que resucitó de entre los muertos"; y, "Las pasiones de los pecados, que son por la ley, operaban en nuestros miembros para llevar fruto para muerte; pero ahora hemos sido liberados de la ley de la muerte, en la que estábamos detenidos, para que sirvamos en la novedad del espíritu, y no en la vejez de la letra" (Rom. VII, 4-6); y cualquier otra cosa similar que encontremos que el Apóstol haya dicho, debe considerar que estas cosas se dicen porque la ley aumenta la concupiscencia por la prohibición, y obliga al culpable por la transgresión, mandando lo que los hombres no pueden cumplir por su debilidad, a menos que se conviertan con piedad a la gracia de Dios. Y por eso se dice que están bajo ella aquellos a quienes domina. Pero domina a aquellos a quienes castiga: castiga a todos los transgresores. Ahora bien, quienes han recibido la ley, la transgreden, a menos que por la gracia logren poder hacer lo que manda. Así sucede que no domina a aquellos que ya están bajo la gracia, cumpliéndola por caridad, quienes estaban condenados bajo su temor.

16. Pues si lo que se ha dicho mueve a pensar que el Apóstol reprende la ley, ¿qué hacemos con lo que dice, "Porque me deleito en la ley de Dios según el hombre interior"? Al decir esto, ciertamente alaba la ley. Cuando ellos oyen esto, responden que en este lugar el Apóstol habla de otra ley; es decir, de la ley de Cristo, no de la que fue dada a los judíos. Preguntamos entonces de qué ley dice, "La ley se introdujo para que abundara el delito". Responden, sin duda, de aquella que los judíos recibieron. Mira entonces si es la misma de la que se dice, "Tomando ocasión, el pecado por el mandamiento operó en mí toda concupiscencia". ¿Qué es otra cosa, "operó en mí toda concupiscencia", que lo que allí es, "para que abundara el delito"? Mira también si concuerda esa sentencia, "para que el pecado se hiciera extremadamente pecador por el mandamiento". Esto es, "para que el pecado se hiciera extremadamente pecador"; lo que es, "para que abundara el delito". Si, por tanto, mostramos que el mandamiento es bueno, del cual el pecado, tomando ocasión, operó toda concupiscencia, para que se hiciera extremadamente pecador; al mismo tiempo mostraremos que la ley es buena, que se introdujo para que abundara el delito, es decir, para que el pecado operara toda concupiscencia, y se hiciera extremadamente pecador. Escuchen, por tanto, al mismo apóstol diciendo, "¿Qué diremos entonces? ¿Es la ley pecado? De ninguna manera". Esto, dicen, se dice de la ley de Cristo; es decir, de la ley de la gracia. Respondan entonces de qué entienden aquello que sigue: "Pero yo no conocí el pecado sino por la ley. Porque no

conocía la concupiscencia, si la ley no dijera, No codiciarás. Pero tomando ocasión, el pecado por el mandamiento operó en mí toda concupiscencia". He aquí que la misma estructura de las palabras indica suficientemente de qué ley dijo, "¿Es la ley pecado? De ninguna manera". De aquella, ciertamente, por cuyo mandamiento fue ocasión para el pecado, para que operara toda concupiscencia. De aquella, por tanto, que se introdujo para que abundara el delito, la cual ellos piensan que es mala. Pero ¿qué más claro que lo que dice poco después, "Así que la ley es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno"? Esto dicen nuevamente que no se dice de aquella ley que fue dada a los judíos, sino del Evangelio. Pues esta perversidad tan ciega es propia de los maniqueos. No advierten lo que sigue, clarísimo y manifestísimo, "¿Lo que es bueno, entonces, se ha convertido en muerte para mí? De ninguna manera. Sino que el pecado, para que aparezca como pecado, por lo bueno me operó la muerte, para que el pecado se hiciera extremadamente pecador por el mandamiento": esto es, por el mandamiento santo, justo y bueno; que sin embargo se introdujo para que abundara el pecado, esto es, para que se hiciera extremadamente pecador.

17. ¿Por qué, entonces, se llama "ministerio de muerte" si la ley es buena? Porque "el pecado, para que aparezca como pecado, por lo bueno me operó la muerte". No te extrañes, cuando de la misma predicación del Evangelio se dice: "Somos el buen olor de Cristo para Dios, en los que se salvan y en los que se pierden; para unos, ciertamente, olor de vida para vida, para otros, olor de muerte para muerte" (II Cor. II, 15, 16). Porque a los judíos la ley se les dijo como ministerio de muerte, a quienes también se les escribió en piedra para figurar su dureza; no a aquellos que cumplen la ley por caridad. Porque la plenitud de la ley es la caridad. La misma ley, que está figurada en letras sobre piedras, dice, "No cometerás adulterio, No matarás, No robarás, No codiciarás", etc. Esta ley dice el Apóstol que se cumple por caridad, hablando así: "Porque el que ama al otro, ha cumplido la ley. Porque, No cometerás adulterio, No matarás, No robarás, No codiciarás; y si hay algún otro mandamiento, en esta palabra se resume, Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Rom. XIII, 8-10): porque esto también está escrito en la misma ley. ¿Por qué "la fuerza del pecado es la ley", si la ley es buena? Porque el pecado por lo bueno operó la muerte, para que se hiciera extremadamente pecador, esto es, para que adquiriera mayores fuerzas por la transgresión. ¿Por qué "hemos muerto a la ley por el cuerpo de Cristo", si la ley es buena? Porque hemos muerto a la ley que condena, liberados de aquel afecto que la ley castiga y condena. Pues más comúnmente se llama ley cuando amenaza y aterroriza y castiga. Así que el mismo precepto para los que temen es ley, para los que aman es gracia. De ahí es aquello en el Evangelio: "La ley fue dada por Moisés, la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo" (Juan I, 17). Porque la misma ley que fue dada por Moisés para ser temida, la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo para ser cumplida. Así, pues, se dijo, "Habéis muerto a la ley", como si se dijera, Habéis muerto al castigo de la ley, por el cuerpo de Cristo, por el cual se perdonaron los delitos que el justo castigo ataba. ¿Por qué "las pasiones de los pecados que son por la ley, operaban en nuestros miembros para llevar fruto para muerte", si la ley es buena? Porque quiso que se entendieran aquí las pasiones de los pecados, de las cuales ya se ha dicho a menudo, el aumento de la concupiscencia por la prohibición, y la culpa de la pena por la transgresión: esto es, porque "por lo bueno operó la muerte, para que se hiciera extremadamente pecador o pecado por el mandamiento". ¿Por qué "hemos sido liberados de la ley de la muerte, en la que estábamos detenidos, para que sirvamos en la novedad del espíritu, y no en la vejez de la letra", si la ley es buena? Porque la ley es letra para aquellos que no la cumplen por el espíritu de caridad, al cual pertenece el Nuevo Testamento. Así que los que mueren al pecado son liberados de la letra, en la que están detenidos como culpables los que no cumplen lo que está escrito. Porque ¿qué otra cosa es la ley sino solo letra para aquellos que saben leerla, pero no pueden cumplirla? No es que la ignoren aquellos para quienes fue escrita: pero como es conocida en

la medida en que está escrita y leída, no en la medida en que es amada y cumplida, no es otra cosa para tales personas sino letra; letra que no es ayuda para los que la leen, sino testigo de los que pecan. Por lo tanto, son liberados de su condenación los que son renovados por el espíritu, para que ya no estén obligados a la letra para el castigo, sino unidos al entendimiento por la justicia. De ahí es también aquello, "La letra mata, pero el espíritu vivifica" (II Cor. III, 6). Porque la ley solo leída y no entendida o no cumplida, ciertamente mata: entonces se llama "letra". Pero el espíritu vivifica; porque "la plenitud de la ley es la caridad", que "ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rom. V, 5).

CUESTIÓN II.---Argumento de la Epístola a los Romanos. La gracia de la fe precede a las buenas obras. La gracia de la fe es menor en los catecúmenos, mayor en los renacidos. El propósito del Apóstol en los ejemplos de Jacob y Esaú. Las buenas obras provienen de la gracia, no la gracia de las obras. Cómo es justa la elección de Jacob y la reprobación de Esaú. ¿La elección de Jacob es por la presciencia de la futura fe? Elección por la gracia y el propósito de Dios. ¿Se cuenta la fe entre los dones de la gracia? Cómo es justa la reprobación de Esaú. La fe es un don de Dios que tiene misericordia. ¿Por qué se le quitó el don de la fe a Esaú? ¿Fue Esaú reprobado y Jacob aprobado por la presciencia de la futura voluntad? La buena voluntad en nosotros es hecha por la obra de Dios. ¿Es la vocación la que efectúa la buena voluntad? Vocación congruente. ¿Por qué Esaú no fue llamado congruentemente? ¿Qué es la obduración de Dios? Solución de la cuestión sobre la reprobación de Esaú. Todos los hombres son una masa de pecado. ¿Cómo es que Dios odió a Esaú, quien no odia nada de lo que ha hecho? ¿Qué es el pecado? Los vasos de perdición se hacen para el uso de la corrección de otros. No todos son llamados, sino de todos, tanto judíos como gentiles. La intención del Apóstol en la Epístola a los Romanos. La elección de la gracia es muy oculta.

1. Pero ya, como creo, es tiempo de pasar a otra cuestión, que propusiste de tal manera, que desde lo que está escrito, "No solo esto, sino también Rebeca, habiendo concebido de uno, de Isaac nuestro padre. Porque cuando aún no habían nacido, ni habían hecho bien ni mal"; hasta lo que está escrito, "Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado descendencia, habríamos sido como Sodoma, y semejantes a Gomorra" (Rom. IX, 10-29): toda esa estructura debe ser discutida; y ciertamente es más compleja. Pero ciertamente, como te conozco hacia mí, no podrías ordenarme que abriera estas cosas, a menos que pidieras al Señor que yo pudiera. Confiando más en su ayuda, me dispongo a ello.

2. Y primero mantendré la intención del Apóstol, que prevalece en toda la Epístola, a la cual consultaré. Esta es, que nadie se glorie en los méritos de las obras, de las cuales los israelitas se atrevían a gloriarse, porque habían servido a la ley dada a ellos, y por esto pensaban que la gracia evangélica les había sido dada como debida a sus méritos, porque servían a la ley. Por lo cual no querían que esa misma gracia se diera a los gentiles, como indignos, a menos que recibieran los sacramentos judíos. Esta cuestión surgida se resuelve en los Hechos de los Apóstoles (Hechos XV). No entendían que precisamente porque es gracia evangélica, no se debe a las obras: "de lo contrario, la gracia ya no es gracia" (Rom. XI, 6). Y en muchos lugares lo testimonia a menudo, prefiriendo la gracia de la fe a las obras, no para extinguir las obras, sino para mostrar que las obras no preceden a la gracia, sino que la siguen: para que nadie piense que ha recibido la gracia porque ha obrado bien; sino que no puede obrar bien, a menos que por la fe haya recibido la gracia. El hombre comienza a recibir la gracia desde que comienza a creer en Dios, movido por una advertencia interna o externa hacia la fe. Pero hay una diferencia en qué momentos o celebraciones de los sacramentos se infunde una gracia más plena y evidente. Porque los catecúmenos no es que no crean, ni Cornelio no creía en Dios, cuando con limosnas y oraciones se mostraba digno de que se le enviara un ángel

(Hechos X, 1-4): pero de ninguna manera haría estas cosas si no hubiera creído antes; y de ninguna manera habría creído, si no hubiera sido llamado por advertencias secretas a través de visiones de la mente o del espíritu, o por advertencias más manifiestas a través de los sentidos del cuerpo. Pero en algunos hay tanta gracia de fe, que no es suficiente para obtener el reino de los cielos; como en los catecúmenos, como en el mismo Cornelio antes de ser incorporado a la Iglesia por la participación de los Sacramentos. En algunos, sin embargo, hay tanta, que ya son considerados cuerpo de Cristo y templo santo de Dios. Porque el templo de Dios es santo, dice el Apóstol, que sois vosotros (I Cor. III, 17). Y el mismo Señor, "A menos que uno nazca de agua y del Espíritu Santo, no entrará en el reino de los cielos" (Juan III, 5). Por lo tanto, se hacen ciertos inicios de fe, similares a concepciones: pero no solo es necesario concebir, sino también nacer, para llegar a la vida eterna. Sin embargo, nada de esto sin la gracia de la misericordia de Dios: porque incluso las obras si son buenas, siguen, como se ha dicho, a esa gracia, no la preceden.

3. El Apóstol, queriendo persuadir sobre este asunto, porque como dice en otro lugar, "Por la gracia de Dios hemos sido salvados; y no por nosotros mismos, sino que es un don de Dios: no por obras, para que nadie se gloríe" (Efesios II, 8, 9); dio un ejemplo de aquellos que aún no habían nacido. Nadie podría decir que Jacob, aún no nacido, había merecido a Dios por sus obras, para que se dijera divinamente, "El mayor servirá al menor". Por lo tanto, no solo, dice, fue Isaac prometido cuando se dijo, "A este tiempo vendré, y Sara tendrá un hijo", quien ciertamente no había merecido a Dios por ninguna obra para que se le prometiera nacer, para que en Isaac se llamara la descendencia de Abraham; es decir, aquellos que pertenecieran a la herencia de los santos que está en Cristo, quienes se entenderían como hijos de la promesa, no jactándose de sus méritos, sino atribuyendo a la gracia de la vocación el ser coherederos de Cristo; pues cuando se prometió que serían, ciertamente no habían merecido nada quienes aún no existían: pero también Rebeca, de una sola unión con Isaac nuestro padre. Dijo con gran vigilancia, "de una sola unión" (pues eran gemelos concebidos): para que no se atribuyera a los méritos paternos, si alguien dijera, "Por eso nació tal hijo, porque el padre estaba así afectado en el momento en que lo concibió en el vientre de la madre"; o "así estaba afectada la madre cuando lo concibió". Pues ambos fueron concebidos al mismo tiempo, él los sembró al mismo tiempo, ella los concibió al mismo tiempo. Para enfatizar esto, dijo, "de una sola unión"; para no dar lugar a los astrólogos, o más bien a aquellos que llamaron genethliacos, quienes conjeturan sobre los caracteres y eventos de los nacidos según sus nacimientos. Pues no encuentran qué decir sobre por qué, en una sola concepción, en un solo momento del tiempo, con la misma disposición del cielo y las estrellas, donde no se podría anotar ninguna diferencia para cada uno, hubo tanta diversidad en esos gemelos: y fácilmente advierten, si quieren, que esas respuestas que venden a los miserables no se presentan con la exposición de ningún arte, sino con una sospecha fortuita. Pero para hablar más bien de lo que se trata, estas cosas se recuerdan para quebrantar y derribar la soberbia de los hombres ingratos a la gracia de Dios, y que se atreven a gloriarse de sus méritos. Pues cuando aún no habían nacido, ni habían hecho nada bueno o malo, no por obras, sino por el que llama, se le dijo, "El mayor servirá al menor". Por lo tanto, es la gracia del que llama; y las buenas obras son consecuentes a recibir la gracia, no que generen la gracia, sino que son generadas por la gracia. Pues el fuego no calienta para que hierva, sino porque hierve; ni la rueda corre bien para ser redonda, sino porque es redonda: así, nadie obra bien para recibir la gracia, sino porque la ha recibido. Pues, ¿cómo puede vivir justamente quien no ha sido justificado? ¿Cómo vivir santamente quien no ha sido santificado? ¿O vivir en absoluto quien no ha sido vivificado? La gracia justifica, para que el justificado pueda vivir justamente. Por lo tanto, la gracia es primero, las buenas obras son segundo: como dice en otro lugar, "Al que obra, la

recompensa no se le cuenta como gracia, sino como deuda" (Rom. IV, 4). Así como esa inmortalidad después de las buenas obras, si es que se pide como deuda: como él mismo dice, "He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe; por lo demás, me está reservada la corona de justicia, que me dará el Señor en aquel día, el justo juez" (II Tim. IV, 7, 8). Pues porque dijo, "dará", ya se hace como deuda. Pero cuando "subiendo a lo alto llevé cautiva la cautividad", no devolvió, sino que "dio dones a los hombres" (Efes. IV, 8). Pues, ¿de dónde presumiría el Apóstol que se le devolviera como deuda, si no hubiera recibido primero la gracia inmerecida, por la cual luchara la buena batalla? Pues fue blasfemo y perseguidor e injurioso; pero alcanzó misericordia, como él mismo testifica (I Tim. I, 13): creyendo ciertamente en aquel que justifica, no al piadoso, sino al impío (Rom. IV, 5), para que justificándolo lo haga piadoso.

4. No por obras, dice, sino por el que llama se le dijo, "El mayor servirá al menor". Esto se refiere a lo que dice, "Pues cuando aún no habían nacido, ni habían hecho nada bueno o malo"; para que se pudiera decir, "No por obras, sino por el que llama". De ahí surge la pregunta en la mente, ¿por qué dijo, "Para que el propósito de Dios según la elección permaneciera"? Pues, ¿cómo es justa, o de cualquier manera una elección, donde no hay diferencia? Pues si Jacob fue elegido sin mérito alguno, aún no nacido y sin haber hecho nada, tampoco pudo ser elegido en absoluto sin alguna diferencia por la cual fuera elegido. Asimismo, si Esaú fue reprobado sin mérito alguno, porque él también aún no había nacido y no había hecho nada, cuando se dijo, "El mayor servirá al menor"; ¿cómo puede decirse que su reprobación es justa? ¿Por qué criterio, por qué examen de equidad entendemos lo que sigue, "A Jacob amé, pero a Esaú aborrecí"? Lo cual está escrito en el profeta que profetizó mucho después de que ellos nacieran y murieran: pero sin embargo, parece que se recuerda esa sentencia, donde se dijo, "El mayor servirá al menor"; y antes de que nacieran y hubieran hecho algo. ¿De dónde, entonces, esta elección, o qué tipo de elección, si aún no nacidos y aún no habiendo hecho nada, no hay méritos? ¿O tal vez hay alguna diferencia de naturalezas? ¿Quién entendería esto, de un solo padre, de una sola madre, de una sola unión, de un solo creador? ¿O así como el mismo creador produjo de la misma tierra diversas especies de seres vivos y plantas, así de la misma unión y abrazo humano produjo en los gemelos una descendencia diversa, una que amaría, otra que aborrecería? Por lo tanto, no hay elección antes de que haya algo que elegir. Pues si Jacob fue hecho bueno para agradar; ¿cómo agradó antes de ser hecho, para que fuera hecho bueno? No fue, por lo tanto, elegido para ser hecho bueno, sino que pudo ser elegido una vez hecho bueno.

5. ¿O es que según la elección, porque Dios, presciente de todo, vio también la futura fe en Jacob aún no nacido; para que aunque nadie merezca ser justificado por sus obras, ya que nadie puede obrar bien a menos que sea justificado, sin embargo, porque Dios justifica a las naciones por la fe (Gál. III, 8), y nadie cree sino por libre voluntad, previendo Dios esta misma voluntad de fe futura, incluso aún no nacido, por presciencia, eligió a quien justificaría? Si, por lo tanto, la elección es por presciencia, y Dios previó la fe de Jacob; ¿cómo pruebas que no lo eligió también por sus obras? Si porque aún no habían nacido, y aún no habían hecho nada bueno o malo; así tampoco ninguno de ellos había creído aún. Pero la presciencia vio que creería. Así, la presciencia podría ver que obraría: de modo que así como se dice que fue elegido por la fe futura, que Dios preveía, así otro podría decir que fue elegido más bien por las obras futuras, que Dios igualmente preveía. Por lo tanto, ¿de dónde muestra el Apóstol que no fue por obras que se dijo, "El mayor servirá al menor"? Si porque aún no habían nacido; no solo no fue por obras, sino tampoco por fe, porque ambas faltaban en los aún no nacidos. Por lo tanto, no quiso que se entendiera que la elección del menor, para que el mayor le sirviera, se hizo por presciencia. Pues queriendo mostrar que no fue por obras,

por eso añadió, diciendo, "Pues cuando aún no habían nacido, ni habían hecho nada bueno o malo". De lo contrario, podría decirse: Pero ya sabía Dios quién haría qué. Por lo tanto, se pregunta de dónde se hizo esa elección: porque si no fue por obras, que no existían en los aún no nacidos; ni por fe, porque tampoco existía: ¿de dónde, entonces?

6. ¿O se debe decir que no hubo elección, no existiendo alguna diferencia en el vientre de la madre ni de fe, ni de obras, ni de ningún mérito en absoluto? Pero se dijo, "Para que el propósito de Dios según la elección permaneciera". Y por eso preguntamos, porque se dijo. A menos que tal vez la sentencia deba distinguirse así, no para entender que por eso "no por obras, sino por el que llama se dijo, 'El mayor servirá al menor', para que el propósito de Dios según la elección permaneciera": sino más bien, para que el ejemplo dado de los aún no nacidos y aún no habiendo hecho nada se tome para que no se pueda entender aquí ninguna elección. Pues cuando aún no habían nacido, ni habían hecho nada bueno o malo, para que el propósito de Dios según la elección permaneciera; es decir, ni habían hecho nada bueno o malo, para que por esa misma acción se hiciera alguna elección de quien había obrado bien: pues no había elección de quien obraba bien, según la cual permaneciera el propósito de Dios, "no por obras, sino por el que llama", es decir, por aquel que llamando a la fe justifica por gracia al impío, "se le dijo, 'El mayor servirá al menor'". Por lo tanto, no según la elección permanece el propósito de Dios, sino que la elección es según el propósito: es decir, no porque Dios encuentre buenas obras en los hombres que elegir, por eso permanece el propósito de su justificación; sino porque permanece para justificar a los creyentes, por eso encuentra obras que ya elegir para el reino de los cielos. Pues si no hubiera elección, no habría elegidos, ni se diría correctamente, "¿Quién acusará a los elegidos de Dios?" (Rom. VIII, 33). Sin embargo, la elección no precede a la justificación, sino que la justificación precede a la elección. Pues nadie es elegido, a menos que ya esté distante de aquel que es rechazado. Por lo tanto, lo que se dijo, "Porque nos eligió Dios antes de la fundación del mundo" (Efes. I, 4); no veo cómo se dijo, sino por presciencia. Pero aquí lo que dice, "No por obras, sino por el que llama se le dijo, 'El mayor servirá al menor'"; no quiso que se entendiera por elección de méritos, que provienen después de la justificación de la gracia, sino por la liberalidad de los dones de Dios, para que nadie se gloríe de sus obras. Porque por la gracia de Dios hemos sido salvados; y esto no de nosotros, sino que es un don de Dios: no por obras, para que nadie se gloríe (Efes. II, 8, 9).

7. Sin embargo, se pregunta si la fe del hombre merece la justificación; o si tampoco los méritos de la fe preceden a la misericordia de Dios, sino que la misma fe se cuenta entre los dones de la gracia. Porque en este lugar, cuando dijo, "No por obras"; no dijo, sino por fe se le dijo, "El mayor servirá al menor": sino que dijo, sino por el que llama. Pues nadie cree, quien no es llamado. Pero Dios, misericordioso, llama, otorgando esto no por méritos de fe; porque los méritos de la fe siguen más bien a la vocación, que la preceden. Pues, ¿cómo creerán en aquel de quien no han oído? y ¿cómo oirán sin un predicador? (Rom. X, 14). Por lo tanto, a menos que la misericordia de Dios preceda llamando, nadie puede creer, para que desde ahí comience a ser justificado, y reciba la capacidad de obrar bien. Por lo tanto, antes de todo mérito está la gracia. Porque Cristo murió por los impíos (Rom. V, 6). Por lo tanto, por el que llama, el menor recibió, no por ningún mérito de sus obras, para que el mayor le sirviera: para que también lo que está escrito, "A Jacob amé", sea por el que llama a Dios, no por Jacob obrando.

8. ¿Qué, entonces, de Esaú, que sirve al menor, y de lo que está escrito, "A Esaú aborrecí", qué males suyos mereció esto, cuando él también aún no había nacido, ni había hecho nada bueno o malo, cuando se dijo, "El mayor servirá al menor"? ¿O tal vez así como aquello de Jacob se dijo sin méritos de buena acción, así Esaú fue aborrecido sin méritos de mala

acción? Pues si porque Dios preveía sus futuras malas obras, por eso lo predestinó para que sirviera al menor; por eso predestinó también a Jacob para que el mayor le sirviera, porque preveía sus futuras buenas obras, y es falso lo que dice, "No por obras". Pero si es verdad que no por obras, y de ahí lo prueba, porque se dijo de los aún no nacidos y aún no habiendo hecho nada; entonces tampoco por fe, que en los aún no nacidos igualmente no existía: ¿por qué mérito Esaú es aborrecido antes de nacer? Pues Dios hizo cosas que amaría, no hay duda. Pero si decimos que hizo cosas que aborrecería, es absurdo, pues otra Escritura dice, "Porque no habrías creado nada odiándolo, y no odias nada de lo que has hecho" (Sab. XI, 25). Pues, ¿qué mérito tuvo el sol para ser hecho sol, o qué ofendió la luna para ser tan inferior a él, o qué mereció para ser creada tan superior a las demás estrellas? Pero todas estas cosas fueron creadas buenas cada una en su género. Pues Dios no diría, "Amé al sol, pero aborrecí a la luna"; o, "Amé a la luna, pero aborrecí a las estrellas": como dijo, "A Jacob amé, pero a Esaú aborrecí". Pero amó todas esas cosas, aunque ordenadas en diversos grados de excelencia; porque Dios vio que eran buenas, cuando fueron instituidas por su palabra (Gén. I): pero para que aborreciera a Esaú, a menos que fuera por el mérito de la injusticia, es injusto. Si concedemos esto, entonces Jacob comienza a ser amado por el mérito de la justicia. Si esto es verdad, es falso que no por obras. ¿O tal vez por la justicia de la fe? ¿Qué te ayuda, entonces, "Pues cuando aún no habían nacido"? ya que en el aún no nacido tampoco podía haber justicia de fe.

9. Por lo tanto, el Apóstol vio lo que de estas palabras podría ocurrir en la mente del oyente o lector, y de inmediato añadió: "¿Qué diremos, entonces? ¿Hay injusticia en Dios? De ninguna manera. Y como enseñando cómo de ninguna manera: "Porque dice a Moisés, 'Tendré misericordia de quien tendré misericordia, y me compadeceré de quien me compadeceré'". ¿Con estas palabras resolvió la cuestión, o más bien la hizo más compleja? Pues esto es lo que más mueve, si tiene misericordia de quien tendrá misericordia, y se compadece de quien se compadecerá, ¿por qué esta misericordia faltó a Esaú, para que también él fuera bueno por ella, como Jacob fue hecho bueno por ella? ¿O es que se dijo, "Tendré misericordia de quien tendré misericordia, y me compadeceré de quien me compadeceré", porque a quien Dios tendrá misericordia para llamarlo, tendrá misericordia de él para que crea; y a quien se compadezca para que crea, le concederá misericordia, es decir, lo hará misericordioso, para que también obre bien? De ahí se nos advierte, que nadie debe gloriarse y exaltarse en sus obras de misericordia, como si por ellas hubiera merecido a Dios; ya que para tener esa misericordia, él la concedió, quien concederá misericordia a quien se compadezca. Si alguien se jacta de haber merecido esto creyendo, sepa que él le concedió creer, quien tiene misericordia inspirando la fe, de quien se compadeció para impartirle la vocación cuando aún era incrédulo. Pues ya se distingue el fiel del impío. ¿Qué tienes, dice, que no hayas recibido? Si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? (I Cor. IV, 7).

10. Esto es correcto; pero, ¿por qué esta misericordia fue retirada de Esaú, para que no fuera llamado de tal manera que también al llamado se le inspirara la fe, y creyendo se hiciera misericordioso para obrar bien? ¿O es que no quiso? Si Jacob creyó porque quiso, entonces Dios no le dio la fe, sino que él mismo se la proporcionó queriendo, y tuvo algo que no recibió. ¿O porque nadie puede creer a menos que quiera, nadie puede querer a menos que sea llamado, y nadie puede proporcionarse a sí mismo ser llamado, Dios al llamar proporciona también la fe; porque sin la vocación nadie puede creer, aunque nadie crea contra su voluntad? Pues, ¿cómo creerán en aquel de quien no han oído? o ¿cómo oirán sin un predicador? Nadie, por lo tanto, cree sin ser llamado: pero no todos los llamados creen. Pues muchos son llamados, pero pocos elegidos (Mat. XX, 16): ciertamente aquellos que no despreciaron al que llama, sino que lo siguieron creyendo; sin duda, creyeron queriendo.

¿Qué significa, entonces, lo que sigue, "Así que no es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia"? ¿O porque no podemos querer a menos que seamos llamados, y nuestro querer no vale nada a menos que Dios nos ayude a lograrlo? Por lo tanto, es necesario querer y correr. Pues no se diría en vano, "Y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad" (Luc. II, 14); y, "Corran de tal manera que lo obtengan" (I Cor. IX, 24). Sin embargo, no es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia, para que logremos lo que queremos, y lleguemos a donde queremos. Por lo tanto, Esaú no quiso y no corrió: pero incluso si hubiera querido y corrido, habría llegado con la ayuda de Dios, quien también le habría proporcionado querer y correr, a menos que despreciando la vocación se hiciera reprobado. Pues Dios proporciona de manera diferente para que queramos, y de manera diferente proporciona lo que queremos. Para que queramos, él quiso que fuera tanto suyo como nuestro; suyo al llamar, nuestro al seguir. Pero lo que queremos, él solo lo proporciona, es decir, poder obrar bien, y vivir siempre felizmente. Sin embargo, Esaú aún no nacido, no podría querer ni no querer nada de esto. ¿Por qué, entonces, fue reprobado en el vientre? Pues se vuelve a esas dificultades, no solo por su oscuridad, sino también por nuestra repetición tan frecuente, más molestas.

11. Pues, ¿por qué fue reprobado Esaú aún no nacido, quien no podía creer al que llama, ni despreciar la vocación, ni obrar nada bueno o malo? Si por la presciencia de Dios de su futura mala voluntad, ¿por qué no también Jacob fue aprobado por la presciencia de Dios de su futura buena voluntad? Si una vez concedes que alguien puede ser aprobado o reprobado por lo que aún no estaba en él, pero que Dios sabía que sería; se concluye que también podría ser aprobado por las obras que Dios sabía que serían en él, aunque aún no hubiera obrado nada; y en absoluto te ayudará que aún no habían nacido, cuando se dijo, "El mayor servirá al menor", para mostrar que no se dijo por obras, porque aún no había obrado nada.

12. Si prestas atención cuidadosamente a esas palabras, "Por tanto, no es del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia", no parecerá que el Apóstol lo haya dicho solo porque con la ayuda de Dios llegamos a lo que queremos; sino también con la intención que expresa en otro lugar cuando dice: "Con temor y temblor trabajad en vuestra propia salvación; porque Dios es el que obra en vosotros tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad" (Filipenses II, 12, 13). Aquí muestra suficientemente que incluso la buena voluntad en nosotros se realiza por la obra de Dios. Pues si se dijo solo porque "no es del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia", ya que la voluntad del hombre por sí sola no es suficiente para vivir justa y rectamente, a menos que seamos ayudados por la misericordia de Dios; también podría decirse de esta manera: "Por tanto, no es de Dios que tiene misericordia, sino del hombre que quiere", porque la misericordia de Dios por sí sola no es suficiente, a menos que se añada el consentimiento de nuestra voluntad. Pero es evidente que es en vano que queramos, a menos que Dios tenga misericordia: sin embargo, no sé cómo se podría decir que es en vano que Dios tenga misericordia, a menos que queramos. Porque si Dios tiene misericordia, también queremos: pues a esa misma misericordia pertenece que queramos. Porque Dios es el que obra en nosotros tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad. Pues si preguntamos si la buena voluntad es un don de Dios, es sorprendente si alguien se atreve a negarlo. Pero como la buena voluntad no precede a la vocación, sino que la vocación precede a la buena voluntad, por eso se atribuye correctamente a Dios que llama el que queramos bien, pero no se puede atribuir a nosotros que seamos llamados. Por tanto, no debe pensarse que se dijo: "No es del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia", porque sin su ayuda no podemos alcanzar lo que queremos, sino más bien porque sin su llamada no queremos.

13. Pero si esta llamada es tan eficaz para la buena voluntad que todos los llamados la siguen, ¿cómo será verdad que "muchos son llamados, pero pocos elegidos"? Y si es verdad, y el llamado no obedece consecuentemente a la llamada, y está en su voluntad no obedecer, también se puede decir correctamente: "Por tanto, no es de Dios que tiene misericordia, sino del hombre que quiere y corre", porque la misericordia del que llama no es suficiente, a menos que la obediencia del llamado la siga. ¿O acaso aquellos que no consienten de esta manera en ser llamados, podrían acomodar su voluntad a la fe si fueran llamados de otra manera, de modo que también sea verdad que "muchos son llamados, pero pocos elegidos"; de modo que aunque muchos sean llamados de una manera, sin embargo, porque no todos son afectados de la misma manera, solo aquellos que son encontrados aptos para recibir la llamada la siguen; y también sea igualmente verdad que "no es del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia", que llamó de la manera que era adecuada para aquellos que siguieron la llamada? Pero a otros la llamada ciertamente llega; pero porque fue de tal manera que no podían ser movidos, ni eran aptos para recibirla, pudieron ser llamados, pero no elegidos: y ya no es igualmente verdad que "no es de Dios que tiene misericordia, sino del hombre que quiere y corre": porque el efecto de la misericordia de Dios no puede estar en el poder del hombre, de modo que sea en vano que Él tenga misericordia, si el hombre no quiere; porque si quisiera tener misericordia incluso de ellos, podría llamar de tal manera que fuera adecuado para ellos, para que se movieran, entendieran y siguieran. Por tanto, es verdad que "muchos son llamados, pero pocos elegidos". Porque aquellos son elegidos que son llamados congruentemente: pero aquellos que no se ajustan ni se adaptan a la llamada, no son elegidos, porque no la siguen, aunque sean llamados. También es verdad que "no es del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia"; porque aunque llame a muchos, sin embargo, tiene misericordia de aquellos a quienes llama de la manera que es adecuada para ellos, para que sigan. Pero es falso si alguien dice: "Por tanto, no es de Dios que tiene misericordia, sino del hombre que quiere y corre": porque Dios no tiene misericordia en vano de nadie; y de quien tiene misericordia, lo llama de la manera que sabe que le conviene, para que no rechace al que llama.

14. Aquí alguien dirá: ¿Por qué entonces Esaú no fue llamado de tal manera que quisiera obedecer? Pues vemos que otros son movidos a creer de manera diferente por las mismas cosas demostradas o significadas. Como, por ejemplo, Simeón creyó en nuestro Señor Jesucristo siendo aún un niño pequeño, reconociéndolo por revelación del Espíritu (Lucas II, 25). Natanael, al escuchar una sola frase de Él, "Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas bajo la higuera, te vi", respondió: "Rabí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el rey de Israel" (Juan I, 48, 49). Lo cual Pedro confesó mucho después, y mereció escuchar que era bienaventurado, y que se le darían las llaves del reino de los cielos (Mateo XVI, 16-19). Con el milagro realizado en Caná de Galilea, que Juan el evangelista menciona como el principio de los signos de Jesús, al convertir el agua en vino, sus discípulos creyeron en Él (Juan II, 11). A muchos los incitó a la fe hablando: muchos no creyeron ni siquiera cuando resucitó a los muertos. Aterrados por su cruz y muerte, incluso los discípulos vacilaron; y sin embargo, el ladrón creyó entonces, cuando no lo vio más excelso en obras, sino igual en el suplicio de la cruz (Lucas XXIII, 40-42). Incluso uno de los discípulos, después de su resurrección, creyó no tanto por los miembros vivientes, como por las cicatrices recientes (Juan XX, 27): muchos de aquellos que lo crucificaron, que lo despreciaron al verlo hacer milagros, creyeron cuando los discípulos lo predicaban y hacían tales cosas en su nombre (Hechos II-IV). Entonces, cuando uno es movido así, y otro de otra manera a la fe, y la misma cosa dicha de una manera mueve, y dicha de otra manera no mueve; y mueve a uno, pero no a otro; ¿quién se atreverá a decir que a Dios le faltó el modo de llamar por el cual también Esaú aplicara su mente a esa fe, y uniera su voluntad, en la cual Jacob fue justificado? Y si la obstinación de la voluntad

puede ser tal que la aversión de la mente se endurezca contra todos los modos de llamada; se pregunta si esa dureza es un castigo divino, cuando Dios abandona al no llamar de la manera en que puede ser movido a la fe. ¿Quién dirá que a la Omnipotente le faltó el modo de persuadirle para que creyera?

15. Pero, ¿por qué buscamos esto, cuando el mismo Apóstol añade: "Porque dice la Escritura al faraón: Para esto mismo te he levantado, para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado en toda la tierra"? Este documento lo añadió el Apóstol para probar lo que había dicho antes: "Por tanto, no es del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia". Pues como si se le dijera: ¿De dónde enseñas esto? Dice la Escritura, dice, al faraón: "Para esto mismo te he levantado, para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado en toda la tierra". Sin duda mostrando de aquí que "no es del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia". Y concluye así: "Por tanto, de quien quiere tiene misericordia, y a quien quiere endurece"; aunque antes no se dijo ambos. Pues no se dijo como se dijo: "No es del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia"; así tampoco se dijo: no es del que no quiere ni del que desprecia, sino del que endurece es Dios. De donde se da a entender que lo que puso después, "Por tanto, de quien quiere tiene misericordia, y a quien quiere endurece", puede concordar con la sentencia anterior, de modo que la dureza de Dios sea no querer tener misericordia: para que no se imponga algo por lo cual el hombre sea peor, sino que solo no se le otorgue lo que lo haría mejor. Y si esto se hace sin distinción de méritos, ¿quién no estallará en esa voz que el mismo Apóstol se objetó? Dirás entonces: ¿Por qué se queja todavía? Pues, ¿quién resiste a su voluntad? Porque Dios a menudo se queja de los hombres, como aparece en innumerables lugares de las Escrituras, porque no quieren creer y vivir rectamente. De donde los fieles y los que hacen la voluntad de Dios se dice que viven sin queja (Lucas I, 6), porque de ellos no se queja la Escritura. Pero, ¿por qué se queja, dice? Pues, ¿quién resiste a su voluntad, cuando de quien quiere tiene misericordia, y a quien quiere endurece? Y sin embargo, miremos lo anterior, y desde allí dirijamos nuestra sentencia, tanto como el mismo Señor nos ayude.

16. Pues dice un poco antes: "¿Qué diremos entonces? ¿Hay injusticia en Dios? De ninguna manera. Que esto esté fijo e inamovible en una mente sobria, piadosa y estable en la fe, que no hay injusticia en Dios: y así se crea firmísima y tenazmente que el mismo Dios de quien quiere tiene misericordia y a quien quiere endurece, es decir, de quien quiere tiene misericordia y de quien no quiere no tiene misericordia, es de alguna equidad oculta e investigable por el módulo humano, que debe observarse en las mismas cosas humanas y contratos terrenales; en los cuales, a menos que tuviéramos impresas algunas huellas de la justicia suprema, nunca nuestra intención de debilidad suspiraría e inhalaría hacia el mismo lecho y santísimo y castísimo interior de los preceptos espirituales. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Mateo V, 6). En esta sequedad de la vida y condición mortal, a menos que se asperjara desde arriba como una finísima brisa de justicia, nos secaríamos más rápido de lo que tendríamos sed. Por lo tanto, cuando la sociedad de los hombres se conecta dando y recibiendo entre sí, y se dan y reciben cosas debidas o no debidas; ¿quién no ve que nadie puede ser acusado de injusticia, quien exige lo que se le debe? ni ciertamente aquel que quiere perdonar lo que se le debe? esto no está en los deudores, sino en el arbitrio de aquel a quien se debe? Esta imagen, o como dije antes, vestigio impreso en los negocios de los hombres desde la cumbre de la equidad. Por tanto, todos los hombres (puesto que, como dice el Apóstol, "En Adán todos mueren" [I Cor. XV, 22], de quien se deriva la ofensa de Dios en todo el género humano) son una cierta masa de pecado, debiendo castigo a la justicia divina y suprema, que si se exige o se perdona, no hay injusticia. Pero quienes deben ser exigidos y a quienes perdonados, juzgan con soberbia los

deudores: como los contratados para aquella viña se indignaron injustamente, cuando se les daba a otros tanto como se les devolvía a ellos (Mateo XX, 11). Por tanto, el Apóstol refuta así la impudencia de esta cuestión: "Oh hombre, ¿quién eres tú para responder a Dios?" Pues así responde a Dios, cuando le desagrada que Dios se queje de los pecadores, como si Dios obligara a alguien a pecar, si solo a algunos pecadores no les concede la misericordia de su justificación, y por eso se dice que endurece a algunos pecadores, porque no tiene misericordia de ellos, no porque los impulse a pecar. Pero de aquellos no tiene misericordia, a quienes juzga con una equidad ocultísima y remotísima de los sentidos humanos que no se les debe conceder misericordia. Porque sus juicios son inescrutables, y sus caminos ininvestigables (Rom. XI, 33). Sin embargo, se queja justamente de los pecadores, como de aquellos a quienes Él no obliga a pecar. Al mismo tiempo, para que aquellos de quienes tiene misericordia, también tengan esta llamada; para que mientras Dios se queja de los pecadores, se compungan de corazón y se conviertan a su gracia. Por tanto, se queja justamente y misericordiosamente.

17. Pero si esto molesta, que nadie resiste a su voluntad, porque a quien quiere socorre, y a quien quiere abandona; cuando tanto aquel a quien socorre, como aquel a quien abandona, son de la misma masa de pecadores, y aunque ambos deben castigo, sin embargo, a uno se le exige, y al otro se le perdona: si esto, por tanto, molesta; "Oh hombre, ¿quién eres tú para responder a Dios?" Pues creo que se puso bajo la misma significación lo que se dijo, "hombre"; bajo la cual también se dice, "¿No sois hombres, y andáis según el hombre?" Porque allí se nota a los carnales y animales con este nombre, a quienes se les dice, "No pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales"; y aquello, "Aún no podíais: pero ni aún podéis, porque aún sois carnales" (I Cor. III, 1-4), y aquello, "Pero el hombre animal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios" (Id. II, 14). A estos, por tanto, se les dice, "Oh hombre, ¿quién eres tú para responder a Dios?" ¿Acaso dice el objeto al que lo formó, "¿Por qué me hiciste así?" ¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra, y otro para deshonra? Quizás con esto mismo muestra suficientemente que habla al hombre carnal; porque ese mismo barro lo significa, del cual fue formado el primer hombre: y porque "todos", como ya he mencionado, según el mismo Apóstol "en Adán mueren", dice que todos son una misma masa. Y aunque un vaso se haga para honra, y otro para deshonra; sin embargo, también aquel que se hace para honra, es necesario que comience siendo carnal, y de allí se eleve a la edad espiritual. Pues ya habían sido hechos para honra, y ya habían nacido en Cristo: pero sin embargo, como aún habla a los pequeños, también a ellos los llama carnales, diciendo: "No pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales. Como a niños en Cristo os di a beber leche, no alimento sólido; porque aún no podíais: pero ni aún podéis, porque aún sois carnales". Aunque, por tanto, los llame carnales; sin embargo, ya nacidos en Cristo, y en Él pequeños, y alimentados con leche. Y lo que añade, "Ni aún podéis", muestra que al progresar podrán; porque ya en ellos renacidos espiritualmente la gracia había comenzado. Por tanto, ya eran vasos hechos para honra, a quienes aún se les podría decir correctamente, "Oh hombre, ¿quién eres tú para responder a Dios?" Y si a tales se les dice correctamente, con mucho más razón a aquellos que aún no han sido regenerados así, o incluso hechos para deshonra. Solo debe mantenerse con fe incommovible que no hay injusticia en Dios: quien ya sea que perdone, o exija lo debido, ni aquel a quien exige, puede quejarse correctamente de su injusticia, ni aquel a quien perdona, debe gloriarse de sus méritos. Porque aquel no devuelve sino lo que se debe: y aquel no tiene sino lo que ha recibido.

18. Pero debemos esforzarnos en este lugar, si el Señor nos ayuda, por entender cómo es verdad tanto lo que está escrito: "No odias nada de lo que has hecho" (Sab. XI, 25), como

aquello: "Amé a Jacob, pero odié a Esaú" (Malaquías I, 2, 3). Pues si Esaú fue odiado porque fue hecho un vaso de deshonra, y el mismo alfarero hizo un vaso para honra y otro para deshonra, ¿cómo es que "no odias nada de lo que has hecho"? He aquí que odia a Esaú, que es un vaso que Él mismo hizo para deshonra. Este nudo se resuelve si entendemos que Dios es el artífice de todas las criaturas. Toda criatura de Dios es buena (I Tim. IV, 4); y todo hombre en cuanto hombre es criatura, no en cuanto pecador. Por lo tanto, Dios es creador tanto del cuerpo como del alma humana. Ninguno de estos es malo, y Dios no odia a ninguno: pues no odia nada de lo que ha hecho. El alma es más excelente que el cuerpo; pero Dios, creador y formador de ambos, no odia en el hombre sino el pecado. El pecado del hombre es la desorden y perversidad; es decir, el apartarse del Creador más excelente y volverse hacia las cosas creadas inferiores. Por tanto, Dios no odia a Esaú como hombre, sino que odia a Esaú como pecador. Como se dice del Señor: "Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron" (Juan I, 11): a quienes Él mismo dice: "Vosotros no escucháis porque no sois de Dios" (Id. VIII, 47). ¿Cómo "suyos", cómo "no de Dios", sino porque aquello se dijo de los hombres que el mismo Señor había hecho; esto de los pecadores que el mismo Señor reprendía? Sin embargo, son los mismos hombres y pecadores; pero hombres por la creación de Dios, pecadores por su propia voluntad. Por tanto, lo que amó en Jacob, ¿acaso no era pecador? Pero amó en él no la culpa que borraba, sino la gracia que otorgaba. Pues Cristo murió por los impíos (Rom. V, 6): no para que permanecieran impíos, sino para que justificados de la impiedad se convirtieran, creyendo en aquel que justifica al impío (Id. IV, 5); pues Dios odia la impiedad. Así que en unos la castiga con condenación, en otros la quita con justificación, como Él mismo juzga que debe hacerse con esos juicios inescrutables. Y lo que de entre los impíos, a quienes no justifica, hace vasos de deshonra, no odia en ellos lo que hace: pues en cuanto son impíos, son execrables; pero en cuanto son hechos vasos, son hechos para algún uso, para que por sus penas ordenadas los vasos que son hechos para honra progresen. Por tanto, Dios no odia ni en cuanto son hombres, ni en cuanto son vasos; es decir, ni lo que hace en ellos creando, ni lo que hace en ellos ordenando: pues no odia nada de lo que ha hecho. Pero sin embargo, lo que los hace vasos de perdición, lo hace para el uso de la corrección de otros. Pues odia en ellos la impiedad, que Él mismo no hizo. Así como el juez odia en el hombre el robo, pero no odia lo que se da para el trabajo forzado; pues aquello lo hace el ladrón, esto lo hace el juez: así Dios, lo que hace de la mezcla de los impíos vasos de perdición, no odia lo que hace, es decir, la obra de su ordenación en la pena debida de los que perecen, en la cual encuentran ocasión de salvación aquellos de quienes tiene misericordia. Así se dijo a Faraón: "Para esto te he levantado, para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado en toda la tierra". Esta demostración del poder de Dios y la proclamación de su nombre en toda la tierra beneficia a aquellos para que teman y corrijan sus caminos, a quienes tal llamado conviene. Así dice consecuentemente: "Si Dios, queriendo mostrar su ira y dar a conocer su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira, preparados para destrucción": se sobreentiende, "¿Quién eres tú para responder a Dios?" para que, volviendo la sentencia a las palabras anteriores, este sea el sentido: Si Dios, queriendo mostrar su ira, soportó los vasos de ira; ¿quién eres tú para responder a Dios? No solo queriendo mostrar su ira y dar a conocer su poder soportó con mucha paciencia los vasos de ira, preparados para destrucción; sino también lo que sigue, "para dar a conocer las riquezas de su gloria en los vasos de misericordia". Pues, ¿de qué sirve a los vasos preparados para destrucción que Dios los soporte pacientemente, para destruirlos ordenadamente, y los use como instrumento de salvación para otros, de quienes tiene misericordia? Pero ciertamente beneficia a aquellos para cuya salvación así los usa; para que, como está escrito, el justo lave sus manos en la sangre del pecador (Sal. LVII, 11), es decir, se limpie de malas obras por el temor de Dios, cuando ve los castigos de los pecadores. Por tanto, lo que queriendo mostrar su ira, soportó los vasos de ira, sirve para infundir un temor útil a otros, y para dar a conocer

las riquezas de su gloria en los vasos de misericordia, que preparó para gloria. Pues aquella dureza de los impíos demuestra ambas cosas, tanto lo que debe temerse, para que cada uno se convierta a Dios con piedad; como cuán grandes deben ser las gracias dadas a la misericordia de Dios, que en el castigo de otros muestra lo que concede a otros. Pero si aquella, que exige de otros, no es una pena justa; no concede nada a otros, de quienes no la exige. Pero como aquella es justa, y no hay iniquidad en el Dios que castiga, ¿quién puede dar suficientes gracias a aquel que perdona lo que, si quisiera exigir, nadie podría decir con justicia que no debe?

19. A quienes también llamó, dice, no solo de los judíos, sino también de los gentiles: es decir, los vasos de misericordia que preparó para gloria. Pues no a todos los judíos, sino de los judíos: ni a todos los hombres de las naciones, sino de las naciones. Porque una es la masa de pecadores e impíos de Adán, en la cual tanto judíos como gentiles, apartados de la gracia de Dios, pertenecen a una misma mezcla. Pues si el alfarero del barro de la misma mezcla hace un vaso para honra, otro para deshonra; es evidente que tanto de los judíos hay vasos para honra, como para deshonra, así como de los gentiles: se sigue que todos pertenecen a una misma mezcla. Luego comienza a dar testimonio del Profeta en orden inverso a cada género. Primero dijo de los judíos, después de los gentiles: pero primero da testimonio a favor de los gentiles, luego de los judíos. Pues como dice Oseas: "Llamaré a no pueblo mío, pueblo mío, y a no amada, amada: y será en el lugar donde se les dijo, No sois mi pueblo, allí serán llamados hijos del Dios vivo": se entiende dicho de los gentiles, porque no tenían un lugar destinado para sacrificios, como los judíos en Jerusalén. Fueron enviados a los gentiles los apóstoles, para que en su lugar cada uno creyera, y dondequiera que creyeran, allí ofrecieran sacrificio de alabanza a quienes dio potestad de ser hechos hijos de Dios (Juan I, 12). Isaías, dice, clama por Israel. Para que no se crea que todos los israelitas fueron a la perdición, enseña que también de allí se hicieron unos vasos para honra, otros para deshonra. "Si fuera", dice, "el número de los hijos de Israel como la arena del mar, las reliquias serán salvas". Por tanto, el resto de la multitud, vasos preparados para perdición. "Porque el Señor hará una obra completa y abreviada sobre la tierra": es decir, para que con el compendio de la fe por la gracia salve a los creyentes, no por innumerables observancias, con las que aquella multitud estaba servilmente cargada. Pues por la gracia nos hizo una obra completa y abreviada sobre la tierra, diciendo: "Mi yugo es suave, y mi carga ligera" (Mat. XI, 30). Lo que poco después aquí se dice: "Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón, esta es la palabra de fe que predicamos; porque si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, y con la boca se confiesa para salvación" (Rom. X, 8-10). Esta es la obra completa y abreviada que Dios hizo sobre la tierra, por cuya consumación y abreviación el ladrón fue justificado, quien con todos sus miembros clavados en la cruz, y teniendo libres estos dos, creyó con el corazón para justicia, confesó con la boca para salvación; y mereció oír de inmediato: "Hoy estarás conmigo en el paraíso" (Luc. XXIII, 43). Pues sus buenas obras le seguirían, si habiendo recibido la gracia viviera mucho tiempo entre los hombres. Pero sin embargo, no las había precedido, para que mereciera la misma gracia, clavado en la cruz por latrocinio, trasladado de la cruz al paraíso. Y como predijo, dice, Isaías: "Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado un remanente, como Sodoma habríamos sido, y como Gomorra nos habríamos asemejado". Lo que aquí dice, "nos hubiera dejado un remanente"; allí, "las reliquias serán salvas". Los demás, sin embargo, como vasos de perdición, perecieron con el castigo debido. Y para que no todos perecieran como en Sodoma y Gomorra, no lo hizo su mérito, sino la gracia de Dios dejando un remanente, de donde surgiera otra cosecha en todo el mundo. Esto también poco después: "Así pues", dice, "también en este tiempo las reliquias por elección de gracia han sido salvas. Y si es por

gracia, ya no es por obras; de lo contrario, la gracia ya no es gracia. ¿Qué pues? Lo que buscaba Israel, eso no lo alcanzó; pero la elección lo alcanzó; los demás fueron endurecidos" (Rom. XI, 5-7). Alcanzaron los vasos de misericordia, fueron endurecidos los vasos de ira: sin embargo, de la misma mezcla, como en la plenitud de los gentiles.

20. Hay un pasaje de la Escritura muy necesario para el tema que ahora tratamos, confirmando con admirable testimonio lo que se ha tratado, en ese libro que algunos llaman Jesús Sirac, otros Eclesiástico, en el cual está escrito así: "Y todos los hombres son del polvo, y de la tierra fue creado Adán. En la multitud de la disciplina el Señor los separó, y cambió sus caminos. Y de ellos bendijo y exaltó, y de ellos santificó y atrajo hacia sí, y de ellos maldijo y humilló: y los convirtió en su disensión. Como el barro del alfarero en su mano para moldearlo y disponerlo, todos sus caminos según su disposición; así el hombre en la mano de aquel que lo hizo, y le dará según su juicio. Lo contrario al mal es el bien, y contra la muerte está la vida; así también contra el hombre justo está el pecador. Y así mira en todas las obras del Altísimo: dos, dos; uno contra uno". Primero aquí se encomienda la disciplina de Dios: "En la multitud", dice, "de la disciplina el Señor los separó": ¿de dónde, sino de la bienaventuranza del paraíso? "Y cambió sus caminos", para que ya vivieran como mortales. Entonces se hizo una masa de todos, viniendo de la transmisión del pecado y de la pena de la mortalidad, aunque Dios formara y creara lo que es bueno. Pues en todos está la forma y la estructura del cuerpo en tanta concordia de miembros, que de ahí el Apóstol tomaba la semejanza para obtener la caridad (I Cor. XII, 12, etc.). En todos está también el espíritu vital que vivifica los miembros terrenales, y toda la naturaleza del hombre con el dominio del alma y el servicio del cuerpo en una condición admirablemente equilibrada: pero la concupiscencia carnal de la pena del pecado ya reinante, había confundido a todo el género humano como toda una mezcla con la culpa original que permanece en todo. Y sin embargo, sigue: "De ellos bendijo y exaltó, y de ellos santificó y atrajo hacia sí, y de ellos maldijo y humilló, y los convirtió en su disensión": como diciendo el Apóstol, "¿No tiene potestad el alfarero del barro de la misma mezcla para hacer un vaso para honra, otro para deshonra?" Por tanto, lo que se teje, no carece de la misma semejanza: "Como el barro", dice, "del alfarero en su mano para moldearlo y disponerlo, todos sus caminos según su disposición; así el hombre en la mano de aquel que lo hizo". Pero como dice el Apóstol, "¿Hay injusticia en Dios?" mira también aquí lo que añade: "Le dará", dice, "según su juicio". Pero cuando a los condenados se les da un castigo justo; sin embargo, porque esto mismo se convierte en uso, para que aquellos a quienes se les concede misericordia progresen, atiende a lo que sigue: "Lo contrario", dice, "al mal es el bien, y contra la muerte está la vida; así también contra el hombre justo está el pecador. Y así mira en todas las obras del Altísimo: dos, dos; uno contra uno": para que de la comparación de los peores resalten y progresen los mejores. Que sin embargo, porque por gracia son mejores, como si dijera, "Las reliquias serán salvas"; sigue y dice en persona de las reliquias, "Y yo el último he vigilado, y como quien recoge después de los vendimiadores. ¿Y de dónde prueba, porque no por sus méritos, sino por la misericordia de Dios? En la bendición", dice, "del Señor también yo he esperado, y como quien vendimia, he llenado el lagar" (Ecli. XXXIII, 10-17). Pues aunque el último haya vigilado; sin embargo, porque serán, como se ha dicho, los últimos primeros (Mat. XX, 16), esperando en la bendición del Señor el pueblo recogido de las reliquias de Israel llenó el lagar de la abundancia de la vendimia, que en todo el mundo ha surgido.

21. Por tanto, no se sostiene ninguna intención del Apóstol, y de todos los justificados por quienes se nos ha mostrado el entendimiento de la gracia, sino que quien se gloria, gloriéese en el Señor (II Cor. X, 17). Pues, ¿quién discutirá las obras del Señor, de la misma mezcla condenando a uno, justificando a otro? El libre albedrío de la voluntad vale mucho; más bien,

es cierto, pero en los vendidos bajo el pecado (Rom. VII, 14) ¿qué vale? "La carne", dice, "desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, para que no hagáis lo que queréis" (Gál. V, 17). Se nos ordena vivir rectamente, con esta recompensa propuesta, para que merezcamos vivir eternamente felices: pero, ¿quién puede vivir rectamente y obrar bien, sino el justificado por la fe? Se nos ordena creer, para que con el don recibido del Espíritu Santo podamos obrar bien por amor: pero, ¿quién puede creer, si no es tocado por algún llamado, es decir, por algún testimonio de las cosas? ¿Quién tiene en su poder ser tocado por tal visión, por la cual su voluntad se mueva a la fe? ¿Quién abraza con el ánimo algo que no le deleita? ¿O quién tiene en su poder que le ocurra algo que pueda deleitarle, o que le deleite cuando le ocurra? Por tanto, cuando nos deleitan aquellas cosas por las que progresamos hacia Dios, esto se inspira y se concede por la gracia de Dios, no se adquiere por nuestro deseo, industria o méritos de obras; porque para que haya deseo de voluntad, para que haya industria de estudio, para que haya obras fervientes de caridad, Él lo concede, Él lo otorga. Se nos manda pedir para recibir, y buscar para encontrar, y llamar para que se nos abra (Mat. VII, 7). ¿Acaso no es a veces nuestra oración tan tibia, o más bien fría y casi nula, incluso a veces tan nula, que ni siquiera advertimos esto en nosotros con dolor? porque si al menos lo lamentamos, ya oramos. ¿Qué otra cosa se nos muestra, sino que pedir, buscar y llamar, Él lo concede, quien nos manda hacer estas cosas? Por tanto, no es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia: puesto que ni querer ni correr podremos, a menos que Él nos mueva y excite.

22. Pero si aquí se realiza alguna elección, entendamos lo que se ha dicho: "Las reliquias han sido salvadas por la elección de la gracia" (Rom. XI, 5); no para que la elección de los justificados se haga para la vida eterna, sino para que se elijan quienes han de ser justificados: ciertamente esta elección es tan oculta, que en la misma mezcla no puede aparecer claramente ante nosotros; o si aparece a algunos, yo confieso mi debilidad en este asunto. No tengo en qué fijarme al elegir a los hombres para la gracia salvadora, si se me permite alguna reflexión sobre el examen de esta elección, salvo un mayor ingenio, o menores pecados, o ambos: añadamos también, si se quiere, la honestidad y las doctrinas útiles. Por tanto, cualquiera que esté enredado y manchado por los más mínimos pecados (pues, ¿quién puede estar libre de ellos?), y sea agudo de ingenio, y pulido en las artes liberales, parece ser elegido para la gracia. Pero cuando establezca esto, aquel que eligió lo débil del mundo para confundir a lo fuerte, y lo necio del mundo para confundir a los sabios (I Cor. I, 27), se reirá de mí, de modo que, al mirarlo y corregido por la vergüenza, yo me reiré de muchos que son más castos que algunos pecadores, y de algunos oradores más que de algunos pescadores. ¿No advertimos que muchos de nuestros fieles, caminando por el camino de Dios, no se comparan en ingenio, no digo con algunos herejes, sino incluso con mimos? Asimismo, ¿no vemos a algunas personas de ambos sexos viviendo en castidad conyugal sin reproche, y sin embargo, ya sean herejes o paganos, o incluso en la verdadera fe y la verdadera Iglesia, tan tibios, que nos maravillamos de que sean superados en paciencia y templanza, e incluso en fe, esperanza y caridad, por prostitutas y actores que se convierten de repente? Por tanto, queda que se elijan las voluntades. Pero la voluntad misma, a menos que algo ocurra que deleite e invite al alma, de ningún modo puede moverse: pero que esto ocurra, no está en el poder del hombre. ¿Qué quería Saulo, sino invadir, arrastrar, encadenar, matar a los cristianos? ¿Qué voluntad tan rabiosa, qué furiosa, qué ciega! Sin embargo, derribado por una sola voz desde lo alto, al encontrarse con una visión tal que su mente y voluntad, quebrantada la ferocidad, se torciera y corrigiera hacia la fe, de repente se convirtió de un perseguidor asombroso del Evangelio en un predicador aún más asombroso (Hech. VIII, 3, y IX, 1). Y sin embargo, ¿qué diremos? ¿Acaso hay injusticia en Dios, exigiendo de quien le place, dando a quien le place? quien de

ninguna manera exige lo indebido, de ninguna manera da lo ajeno. ¿Acaso hay injusticia en Dios? De ninguna manera. Pero, ¿por qué a este así, y a aquel no así? Oh hombre, ¿quién eres tú? Si no pagas lo debido, tienes de qué alegrarte: si pagas, no tienes de qué quejarte. Creámoslo, aunque no podamos comprenderlo, porque quien hizo y creó toda la criatura, tanto espiritual como corporal, dispone todas las cosas en número, peso y medida (Sab. XI, 21). Pero sus juicios son inescrutables, y sus caminos son ininvestigables (Rom. XI, 33). Digamos Aleluya, y alabemos con cántico, y no digamos, ¿Qué es esto? o, ¿qué es esto? Porque todas las cosas fueron creadas a su tiempo (Ecli. XXXIX, 19, 26).

LIBRO SEGUNDO. Sobre las otras cinco o seis cuestiones propuestas por Simpliciano de los libros de los Reyes.

PREFACIO.

Ya considero que he respondido suficientemente sobre el Apóstol a lo propuesto: ahora abordaré otro volumen sobre lo que has preguntado de los libros de los Reyes; que, como muchos y casi todos los libros antiguos, son más figurativos y envueltos en velos de misterios. Aunque al haber pasado a Cristo, se quite el velo (II Cor. III, 16): sin embargo, ahora vemos en enigma, pero entonces cara a cara. Pues el velo de cualquier modo interrumpe la visión; el enigma, en cambio, como a través de un espejo, como dice el mismo apóstol, "Vemos ahora por espejo y en enigma" (I Cor. XIII, 12), no descubre la especie más evidente, ni oculta del todo la verdad. Por tanto, abordaré también esto, guiado por el Señor, más sostenido por tus oraciones que agobiado por tus órdenes. Especialmente porque de tu carta no entendí que preguntaras qué significan estas cosas en la profecía: en lo cual realmente me sería muy difícil obedecer; porque habría que dirigir la intención de toda la textura de los mismos libros, y aunque el entendimiento fuera más pronto, la magnitud de la obra lo impediría; lo cual, si ha de emprenderse, requiere un ocio y tiempo más prolongado: pero ahora te has dignado conocer y que se te abra en mis cartas las mismas propiedades de los hechos, que son significadas por estas palabras de las que has hecho mención.

PRIMERA CUESTIÓN.---Los profetas son afectados de diverso modo por el Espíritu de Dios. Profecía con hábito perpetuo, y afecto transitorio. El Espíritu de Dios se entiende bueno sin adición. Si el Espíritu Santo consustancial al Padre y al Hijo debe entenderse con el mismo nombre. Cómo el Espíritu de Dios en Saúl es bueno y malo. Saúl persiguiendo a David corregido por el espíritu profético y bueno. Algunos dones del Espíritu Santo se tienen sin caridad. Sin caridad, otros dones del Espíritu Santo no aprovechan. Si la profecía se tiene sin caridad. Herejes y cismáticos tienen otros dones del Espíritu Santo además de la caridad. Por qué el espíritu malo se llama espíritu del Señor.

1. Y primero, lo que ordenaste que explicara del primer libro de los Reyes, cómo se dice, "Y el espíritu del Señor se apoderó de Saúl" cuando en otro lugar dice, "Y el espíritu malo del Señor en Saúl" (1 Sam. XVI, 14). Así está escrito: "Y sucedió que cuando volvió su hombro para irse de Samuel, Dios cambió el corazón de Saúl, y vinieron todas aquellas señales aquel día: y vino de allí al collado, y he aquí un coro de profetas que le salía al encuentro, y el espíritu de Dios se apoderó de él, y profetizó en medio de ellos" (1 Sam. X, 9, 10). Pues Samuel le había predicho esto, cuando fue ordenado a ungirlo. Y esto no creo que tenga alguna cuestión. Porque el espíritu sopla donde quiere (Juan III, 8): y el espíritu de profecía no puede ser manchado por el contacto de ninguna alma. Pues alcanza en todas partes por su pureza (Sab. VII, 24). Sin embargo, no afecta a todos del mismo modo, sino a unos por la información del espíritu de los mismos hombres, donde se demuestran las imágenes de las

cosas; a otros por el fruto de la mente hacia la inteligencia; a otros por ambas inspiraciones; a otros incluso sin saberlo. Pero por la información del espíritu de dos modos: o por sueño, como no solo muchos santos, sino también Faraón y el rey Nabucodonosor vieron lo que ninguno de ellos podía entender, pero sin embargo ambos pudieron ver (Gén. XLI, y Dan. II-IV): o por demostración en éxtasis, que algunos latinos interpretan como estupor; es extraño si propiamente, pero cercano sin embargo, siendo una alienación de la mente de los sentidos del cuerpo, para que el espíritu del hombre, asumido por el espíritu divino, se dedique a captar e intuir imágenes; como a Daniel se le demostró lo que no entendía, y a Pedro aquel vaso bajado del cielo por cuatro lienzos (Hech. X, 11): pues él mismo después conoció qué figuraba aquella demostración. Pero por el fruto de la mente hacia la inteligencia de un solo modo, cuando se revela qué significan y a qué se refieren estas mismas cosas que se demuestran con imágenes; que es una profecía más cierta; pues el Apóstol llama más propiamente a esto profecía (I Cor. XIII, 2): como José mereció entender, lo que Faraón no sino ver; y Daniel expone al rey, lo que él ve y no sabe. Pero cuando la mente es afectada de tal manera, que no entiende las imágenes de las cosas por examen conjetural, sino que contempla las cosas mismas, como se entiende la sabiduría y la justicia y toda especie inmutable y divina, no pertenece a la profecía de la que ahora tratamos. Pero con ambos dones de profecía son dotados aquellos que ven en el espíritu las imágenes de las cosas, y al mismo tiempo entienden qué valen, o ciertamente son informados con locuciones manifiestas en la misma demostración, como en el Apocalipsis se exponen algunas cosas. Sin saberlo, sin embargo, el espíritu de profecía afecta, como Caifás, siendo sumo sacerdote, profetizó sobre el Señor que convenía que uno muriera por toda la gente (Juan XI, 49, 50), aunque atendía a otra cosa en las palabras que decía; que no sabía que no las decía de sí mismo. Abundan en los santos Libros ejemplos; y hablo de cosas muy conocidas para tu prudencia. Pues no dices estas cosas por mí, sino que me pruebas preguntando en ellas, deseando conocer al que progresa, y preparado para corregir al que yerra. Pero esta palabra, que se ha puesto, "Y el espíritu se apoderó de él"; significa un soplo repentino como desde el secreto escondido de la divinidad. De estos modos, por tanto, ¿de qué manera más bien entendamos que fue afectado Saúl, se muestra suficientemente por lo que allí está escrito, "Dios cambió en Saúl otro corazón". Pues así significa otra afección del corazón, que al convertirlo hizo Dios que fuera capaz de imágenes significativas y prefigurativas, para la adivinación profética.

2. Sin embargo, tanto dista entre la profecía de los profetas, como Isaías, como Jeremías, y otros de este tipo, y esta transitoria que apareció en Saúl, cuanto dista entre el habla humana, cuando hablan los hombres, y cuando con la misma habla por un necesario prodigio habló la asna en la que montaba el profeta Balaam (Núm. XXII, 28). Pues recibió esto por aquel tiempo aquel animal, para que Dios mostrara lo que había determinado, no para que con hábito perpetuo hablara entre los hombres la bestia. O si este ejemplo está más alejado por una mayor diferencia; mucho menos es de maravillar que a un hombre réprobo se le haya dado por un momento de tiempo la profecía con afecto transitorio, cuando aquel lo dio, que también hizo hablar a la asna cuando quiso. Pues más dista el animal del hombre, que el hombre réprobo de los elegidos, pero sin embargo hombres. Pues no si alguien dice algo que pertenece a la sabiduría, inmediatamente debe ser considerado sabio. Así tampoco si alguien profetiza alguna vez, ya será contado entre los profetas: cuando también el Señor en el Evangelio dice que algunos reciben la palabra con gozo, y no tienen profundidad de raíz, sino que son temporales (Mat. XIII, 20, 21). Por eso, como indica la lectura consecuente, se hizo en parábola, "¿También Saúl entre los profetas?" (1 Sam. X, 12). Dejemos de maravillarnos de esto, cuando en los hombres aparece algo divino, cuyo mérito o hábito excede, cuando tal vez Dios quiere que se demuestre algo por gracia de alguna significación.

3. Pero si esto mueve, que después Saúl, invadido por un espíritu malo, era sofocado, quien antes había recibido el espíritu de profecía; tampoco esto es de maravillarse. Pues aquello se hizo por la dispensación de significar algo, esto por el mérito de vindicar. Ni deben movernos estas alternancias en el ánimo humano, esto es, en la criatura mutable; especialmente en el tiempo en que se lleva la carne corruptible y mortal. ¿Acaso no vemos en el mismo Pedro, cuanto indica el Evangelio, que existió tal confesión, que mereció oír, "Bienaventurado eres, Simón Bar Jona, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos": y poco después tan carnalmente sintió sobre la pasión del Señor, que inmediatamente oyó, "Apártate de mí, Satanás, me eres escándalo; porque no entiendes lo que es de Dios, sino lo que es de los hombres" (Mat. XVI, 17, 23)? Y tal vez para los que entienden algo más interiormente, esta diferencia vale tanto para aquellas visiones de la mente, como Pedro primero entendió revelado por Dios Padre, que Cristo era el Hijo de Dios, y después temió que muriera; cuanto vale para distinguir las visiones, que en el espíritu del hombre se hacen enajenada la mente imaginariamente, la revelación de la profecía con la que primero fue inspirado Saúl, y la mezcla del espíritu malo con la que después fue oprimido.

4. Ahora bien, aquello, que también se llamó espíritu malo del Señor, se entiende así, como se ha dicho, "Del Señor es la tierra" (Sal. XXIII, 1): como criatura y puesta en su potestad. O si por eso no conviene este ejemplo de locución, porque la tierra no es mala; pues toda criatura de Dios es buena (I Tim. IV, 4): convenga aquello, que el mismo Saúl ya réprobo y malvado y desagradecido al santo David, incluso perseguidor suyo, cuando era agitado por las llamas de la envidia más feroz, sin embargo aún se decía Cristo del Señor; como lo llamó el mismo David, cuando vengó al muerto (2 Sam. I, 14, 15). Pero más creo que el espíritu maligno por el que Saúl era atormentado, se llamó espíritu del Señor, porque por el oculto juicio del Señor atormentaba a Saúl. Pues Dios usa también de los espíritus malignos como ministros para la venganza de los malos, o para la prueba de los buenos; de un modo para aquella cosa, de otro para esta. Pues aunque sea maligno un espíritu, porque con mala voluntad desea hacer daño; sin embargo, no recibe el poder de hacer daño, sino de aquel bajo el cual están todas las cosas ordenadas en ciertos y justos grados de méritos. Porque así como la mala voluntad no es de Dios, así tampoco hay potestad sino de Dios (Rom. XIII, 1). Pues aunque esté en el poder de cada uno lo que quiere, no está sin embargo en el poder de cada uno lo que puede hacer a alguien o padecer de alguien. Pues el mismo Hijo único de Dios, a punto de sufrir temporalmente, humildemente al hombre que le hablaba con soberbia y diciendo que tenía poder de matarlo o liberarlo: "No tendrías", dice, "poder sobre mí, si no te fuera dado de arriba" (Juan XIX, 11). También el diablo queriendo hacer daño al justo Job, tenía la voluntad de hacer daño, pero sin embargo pedía poder al Señor Dios, diciendo, "Extiende tu mano, y toca su carne" (Job II, 5): aunque esto sería, si se le permitiera, él mismo lo haría. Pues pedía aquella misma permisión, y llamaba mano del Señor a su mano permitida por el Señor, es decir, aquel mismo poder que quería recibir. A lo cual concuerda aquello en el Evangelio, que el Señor dijo a los discípulos, "Esta noche ha pedido Satanás zarandearos como a trigo" (Luc. XXII, 31). Por tanto, se dijo espíritu de Dios malo, esto es, ministro de Dios para hacer en Saúl lo que el juez omnipotente juzgaba que debía padecer. Pues aquel espíritu por la voluntad con la que era malo, no era de Dios: pero por la criatura con la que fue creado, y por el poder que no tenía por sí mismo, sino que lo recibió por la equidad del Señor de todos, era de Dios. Las mismas palabras de las Escrituras se tienen así: "Y se fue Samuel, y se fue a Ramá; y el espíritu del Señor se apartó de Saúl, y lo tomó un espíritu maligno del Señor, y lo sofocaba. Y dijeron los siervos de Saúl a él: He aquí el espíritu maligno del Señor te sofoca" (1 Sam. XVI, 13-15). Esto, por tanto, cómo fue dicho por sus siervos, "espíritu maligno del Señor", lo indican las palabras superiores del narrador de la Escritura y diciendo, "Espíritu maligno del Señor". Pues según esto "del Señor", que

"del Señor". Porque por sí mismo tenía el querer hacer daño, es decir, apoderarse de Saúl; pero no tenía el poder, si no se le permitía por la suma justicia. Pues si Dios vindica justamente, como dice el mismo Apóstol, cuando entrega a los hombres a las concupiscencias de sus corazones (Rom. I, 24); no es de maravillar si no menos vindicando justamente los entrega también a las concupiscencias de otros que quieren hacer daño, siempre guardada su inmutable equidad.

5. Es ciertamente digno de atención que, con un añadido, se diga "espíritu malo de Dios". Sin embargo, cuando simplemente se dice "espíritu de Dios", aunque no se añada "bueno", se entiende que es bueno. De aquí se deduce que el espíritu bueno se dice según la sustancia, y el malo según el ministerio, como espíritu de Dios. Aunque aún se puede preguntar si cuando se dice "espíritu de Dios", y ya por esto mismo, aunque no se añada nada, se entiende que es bueno, se refiere al Espíritu Santo que en la Trinidad es consustancial al Padre y al Hijo, de quien se dice: "Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad" (II Cor. III, 17); y también: "Dios nos lo reveló por su Espíritu"; y aquello: "Así como las cosas de Dios, nadie las conoce sino el Espíritu de Dios" (I Cor. II, 10, 11). Y en muchos lugares se dice de esta manera "Espíritu de Dios", y se entiende el Espíritu Santo, aunque no se añada nada: porque lo que lo rodea indica suficientemente de quién se habla; de tal manera que a veces ni siquiera se añade "de Dios", y sin embargo se entiende que es el Espíritu de Dios principalmente santo. Pues, ¿a quién más se refiere cuando dice: "El mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios"; y "El mismo Espíritu ayuda a nuestra debilidad" (Rom. VIII, 16, 26); y "Todas estas cosas las realiza uno y el mismo Espíritu, distribuyendo a cada uno según quiere"; y "Hay diversidad de dones, pero el mismo Espíritu" (I Cor. XII, 11, 4)? En todas estas sentencias, no se añade "de Dios" ni "santo", y sin embargo se entiende que es él. Pero no sé si se puede probar con algún ejemplo manifiesto que en algún lugar se diga "espíritu de Dios" sin añadido, donde no se signifique el Espíritu Santo, sino algún otro, aunque bueno, creado y hecho. Lo que se presenta es dudoso y necesita un documento más claro; como aquello que está escrito: "El Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas" (Gen. I, 2). Pues tampoco encuentro qué impida entender allí al Espíritu Santo. Porque cuando bajo el nombre de aguas se insinúa aquella materia informe, que fue hecha de la nada, de la cual todo sería hecho; ¿qué prohíbe entender al Espíritu Santo del Creador, que se movía sobre esta materia, no por grados de lugares ni por intervalos de espacios, lo cual de ninguna cosa incorpórea se dice correctamente, sino por la excelencia y eminencia de la voluntad que domina sobre todo, para que todo fuera creado? Especialmente cuando esa expresión, como es costumbre de esas Escrituras, también suena a algo profético, y prefigura el misterio del futuro Bautismo del pueblo que nacería del agua y del Espíritu Santo. Por lo tanto, no obliga lo que se ha dicho: "Y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas", a entender aquel espíritu, como algunos quieren, por el cual la masa del mundo entero, esta corporal, es como animada, para el ministerio de los que engendran y para la conservación de las criaturas corporales en su especie. Pues cualquier cosa que sea tal es criatura. También aquello que está escrito: "Porque el Espíritu del Señor llenó el orbe de la tierra" (Sab. I, 7), no faltan quienes quieran entenderlo como el mismo espíritu, es decir, una criatura invisible que vivifica y contiene todas las cosas visibles con una cierta conspiración universal. Pero tampoco aquí veo qué impida entender al Espíritu Santo, cuando el mismo Dios dice por el profeta: "Yo lleno el cielo y la tierra" (Jerem. XXIII, 24). Pues Dios no llena el cielo y la tierra sin su Espíritu Santo. ¿Qué, entonces, es de extrañar si de su Espíritu Santo se ha dicho: "Llenó el orbe de la tierra"? Pues de otra manera llena santificando, como se dice de Esteban: "Lleno del Espíritu Santo" (Hech. VI, 5, y VII, 55); y de otros tales: de otra manera, entonces, llena con la gracia santificante, como a ciertos santos; de otra manera, con la presencia que

atestigua y ordena, como a todas las cosas. Por lo tanto, no sé si con algún documento cierto de las Escrituras se puede mostrar que cuando se dice sin ningún añadido "espíritu de Dios" o "espíritu del Señor", se signifique algo distinto al Espíritu Santo. Pero aunque tal vez haya algo que no se me ocurra en este momento, ciertamente creo que no se dice temerariamente que siempre que en las sagradas escrituras se menciona el espíritu de Dios, y no se añade nada, ya sea que se entienda el Espíritu Santo consustancial al Padre y al Hijo, o alguna criatura invisible, no puede entenderse como malo, a menos que también se añada "malo". Pues porque Dios usa bien del mal para el ministerio de su juicio, también se llama espíritu de Dios, para la venganza de los malos y la disciplina o prueba de los buenos.

6. Tampoco debe ya preocuparnos aquello que después está escrito, que el mismo Saúl profetizó cuando el espíritu de Dios vino sobre él, cómo después del buen espíritu vino el espíritu malo, y de nuevo después del malo el bueno. Esto sucede, no por la mutabilidad del Espíritu Santo, que es inmutable con el Padre y el Hijo, sino por la mutabilidad del ánimo humano, distribuyendo Dios todo, ya sea a los malos por el mérito de la condenación o corrección, ya sea a los buenos por la largueza de su gracia. Aunque puede parecer que también fue siempre el mismo espíritu de Dios en Saúl; pero malo para él, porque no era capaz de su santidad. Pero esto no parece correcto. Pues es más seguro y verdadero el sentido de que por la mutabilidad de la afección humana el buen Espíritu de Dios afecte bien, ya sea para la profecía, o para cualquier otra obra en el ministerio divino; pero el malo afecte mal, que por el ministerio de la equidad divina que distribuye todo y usa bien de todo, también se dice espíritu de Dios: especialmente porque se ha dicho: "El Espíritu de Dios se apartó de él, y lo tomó un espíritu maligno de parte del Señor". Pues de ninguna manera puede parecer que el mismo se apartó y lo tomó. Además, en algunos ejemplares, y especialmente en aquellos que parecen expresados palabra por palabra desde la lengua hebrea, se encuentra el Espíritu de Dios sin añadido; y se entiende como malo por el hecho de que tomaba a Saúl, y David lo aliviaba tocando el arpa. Sin embargo, es manifiesto que no se añadió "malo" porque poco antes ya se había dicho, y por la proximidad de la Escritura se podía entender y sobreentender. Pues así se lee en tales ejemplares: "Así que, cada vez que el espíritu del Señor tomaba a Saúl, David tomaba el arpa y tocaba con su mano, y Saúl se aliviaba y se sentía mejor: pues el espíritu malo se apartaba de él". Por lo tanto, ya sea porque aquí no se ha dicho "espíritu de Dios", sino solamente "espíritu malo": lo que allí se había dicho menos, parece como restituido, ya sea porque más arriba se había puesto así: "Y los siervos de Saúl le dijeron: He aquí que el espíritu malo de Dios te atormenta; mande nuestro señor, y tus siervos que están delante de ti buscarán un hombre que sepa tocar el arpa, para que cuando el espíritu malo de Dios te tome, toque con su mano, y te sientas mejor" (I Reg. XVI, 23, 15, 16); no era necesario, cuando se decía de nuevo "cada vez que el espíritu de Dios tomaba a Saúl", añadir "malo", porque era conocido de quién se hablaba entonces.

7. Sin embargo, aquella cuestión es mayor, y no debe ser investigada con una intención pasajera del ánimo, que cuando Saúl perseguía a David inocente, lleno de envidia y de furia, el Espíritu de Dios vino sobre él, y caminaba entrando, y profetizaba. Pues aquí no se puede entender sino un espíritu bueno, por el cual los santos profetas veían las imágenes y visiones de las cosas futuras; no solo porque se dijo "y profetizaba": pues en los ejemplares que son del hebreo, también esto se encuentra dicho del espíritu malo así: "Pero al día siguiente el espíritu malo de Dios invadió a Saúl, y profetizaba en medio de su casa" (I Reg. XVIII, 10). Y en otros lugares de las Escrituras divinas se encuentra a menudo que la profecía no solo se dice buena, sino también mala; y se llamaron profetas de Baal (III Reg. XVIII, 19, 22, 25, 40); y se reprochó a algunos porque profetizaban en Baal (Jerem. II, 8). Por lo tanto, no es necesario entender por eso un buen espíritu, que vino sobre Saúl después, porque se dijo "y

caminaba entrando, y profetizaba": sino porque se puso sin añadido "Y también vino sobre él el Espíritu de Dios". Pues no como en aquel lugar se había dicho antes "espíritu malo de Dios"; para que de esto se pudiera también en lo siguiente sobreentender: sino que más bien los anteriores atestiguan más y más que aquel espíritu de Dios era bueno y verdaderamente profético. Pues David estaba con Samuel, y Saúl envió mensajeros para que apresaran a David. Pero cuando Samuel estaba entre los profetas y la congregación de profetas, que en aquel tiempo profetizaban, los mensajeros que fueron enviados, al recibir el mismo espíritu, profetizaron, y al enviar otros les sucedió esto, y a los terceros igualmente: después cuando el mismo Saúl vino, "también vino sobre él el Espíritu de Dios, y caminaba entrando, y profetizaba". Pues cuando se dice "También vino sobre ellos el Espíritu de Dios, y profetizaban ellos también"; era sin duda el mismo espíritu, que estaba en los profetas, entre los cuales también se encontró Samuel (I Reg. XIX, 20-23): por esto, por lo tanto, es necesario entender aquel espíritu bueno. Y por eso la cuestión debe ser discutida diligentemente, cómo también aquellos cuando fueron enviados para apresar a un hombre y llevarlo a la muerte, merecieron ser afectados por tal espíritu, y el mismo Saúl que había enviado, viniendo él mismo, y buscando derramar sangre inocente, mereció recibir aquel espíritu, y profetizar.

8. Aquí ciertamente se presenta aquello que el apóstol Pablo expone clarísimamente, mostrando el camino más excelente: "Si hablo en lenguas humanas", dice, "y de ángeles, pero no tengo caridad, he venido a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y si tuviera profecía, y entendiera todos los misterios y toda la ciencia, y si tuviera toda la fe, de tal manera que trasladara montes, pero no tengo caridad, nada soy. Y si distribuyera todos mis bienes, y si entregara mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo caridad, de nada me sirve". En este lugar es manifiesto que ha mencionado aquellos dones que se dan en las divisiones del Espíritu Santo, como dice más arriba: "A cada uno se le da la manifestación del Espíritu para provecho; a uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro fe en el mismo Espíritu; a otro don de curaciones en un solo Espíritu; a otro operaciones de milagros, a otro profecía, a otro discernimiento de espíritus, a otro géneros de lenguas. Pero todas estas cosas las realiza uno y el mismo Espíritu, distribuyendo a cada uno en particular como quiere". Por lo tanto, es bastante claro que entre los dones del Espíritu Santo está la profecía, que sin embargo si alguien la tiene, y no tiene caridad, nada es. De lo cual se entiende que puede suceder que algunos, aunque indignos de la vida eterna y del reino de los cielos, sean rociados sin embargo con algunos dones del Espíritu Santo no teniendo caridad, sin la cual esos dones no son nada, pero no les aprovechan. Pues la profecía sin caridad, como ya se ha demostrado, no conduce al reino de Dios: pero la caridad sin profecía ciertamente conduce. Pues cuando hablando de los miembros de Cristo dice: "¿Son todos apóstoles? ¿Son todos profetas?", indudablemente muestra que incluso aquel que no tiene profecía, puede ser contado entre los miembros de Cristo: ¿dónde tendría lugar si no tuviera caridad, sin la cual el hombre no es nada? De ninguna manera diría así, cuando trataba de los miembros con los que se completa el cuerpo de Cristo, "¿Tienen todos caridad?", como dijo: "¿Son todos apóstoles? ¿Son todos profetas? ¿Tienen todos virtudes? ¿Tienen todos dones de curaciones?" (I Cor. XII, 7-11, 29, XIII, 3) y otras cosas semejantes.

9. Pero alguien dice que puede suceder que alguien no tenga profecía, y sin embargo tenga caridad, y por eso esté adherido al número de los miembros de Cristo: pero no puede suceder que alguien tenga profecía, y no tenga caridad; pues el hombre que tiene profecía sin caridad no es nada. Así tal vez, como podemos decir, que el hombre que tiene alma sin mente no es nada: no porque pueda encontrarse un hombre que no tenga mente teniendo alma; sino

porque no sería nada, si pudiera encontrarse. Así también se puede decir: Si el cuerpo tiene figura, no tiene color, no puede ser visto: no porque haya un cuerpo al que le falte color; sino porque si lo hubiera, no podría ser visto. Así tal vez se ha dicho que si alguien tiene profecía, y no tiene caridad, no es nada: no porque pueda haber profecía en alguien sin caridad; sino porque si la hubiera, no podría aprovechar. Es necesario, por lo tanto, para resolver esta cuestión, que mostremos que algún réprobo ha tenido este don de profecía: lo cual si no encontráramos a nadie, este mismo Saúl lo mostraría suficientemente. Pero sin embargo, aquel Balaam también aparece como réprobo; pues la Escritura no calla que fue condenado por el juicio divino: y sin embargo tenía profecía; y porque le faltaba caridad, tenía la voluntad de maldecir al pueblo de Israel, que el enemigo había comprado con precio, que lo había contratado con paga para maldecir; pero con aquel don de profetizar, con el que era asperjado, bendecía contra su voluntad (Num. XXII-XXIV). Ni aquellas palabras atestiguan poco a esta sentencia, que están escritas en el Evangelio, muchos dirán en aquel día: "Señor, Señor, en tu nombre comimos y bebimos, y en tu nombre profetizamos, y en tu nombre hicimos muchas virtudes": a quienes sin embargo se les dirá: "No os conozco; apartaos de mí, obradores de iniquidad" (Mat. VII, 22, 23). Pues no creemos que ellos mentirán diciendo estas cosas en aquel juicio, donde no habrá lugar para el engaño, ni leemos ninguna voz de tales diciendo: "Te amamos". Por lo tanto, podrán decir: "En tu nombre profetizamos", siendo impíos y réprobos: pero no podrán decir: "Guardamos el amor que mandaste". Pues si lo dicen, no se les responderá: "No os conozco". Pues en esto "se conocerá", dice, "que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros" (Juan XIII, 35).

10. Por lo tanto, el ejemplo de este Saúl resiste a algunos herejes soberbios, que niegan que algo bueno de los dones del Espíritu Santo pueda darse a aquellos que no pertenecen a la suerte de los santos: cuando les decimos que ellos pueden tener el sacramento del Bautismo, que cuando vienen a la Iglesia católica, no debe ser de ninguna manera violado en ellos, o entregado como si no lo tuvieran; pero sin embargo no deben confiar en la salvación por eso, porque no desaprobamos lo que concedemos que han recibido; sino que deben conocer que la sociedad de la unidad debe ser establecida con el vínculo de la caridad, sin la cual en absoluto cualquier cosa que hayan podido tener, aunque por sí misma sea santa y venerable, ellos mismos no son nada, tanto más indignos hechos del premio de la vida eterna, cuanto no han usado bien de esos dones que en esta vida, que es transitoria, han recibido. Pero nadie usa bien, sino la caridad; y la caridad todo lo soporta (I Cor. XIII, 7), y por eso no rompe la unidad, de la cual ella misma es el vínculo más fuerte. Pues tampoco aquel siervo no recibió talento, o se entiende otra cosa por talento que algún don divino: pero, "Al que tiene, se le dará; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará" (Mat. XXV, 29). Lo que no tiene no puede ser quitado; pero no tiene otra cosa, para que merecidamente se le quite lo que tiene: no tiene la caridad de usar, para que se le quite cualquier otra cosa que tenga, que sin caridad no aprovecha.

11. Por lo tanto, no es de extrañar que el rey Saúl, incluso en el tiempo en que fue ungido por primera vez, recibiera el espíritu de profetizar, y después cuando fue reprobado por desobediencia, al apartarse de él el espíritu del Señor, fuera tomado por un espíritu maligno de parte del Señor: que también se llamó espíritu del Señor por el ministerio; porque de todos los espíritus malos también el Señor hace buen uso, ya sea para la condenación de algunos, o para la corrección, o para la prueba: y aunque la maldad no es del Señor, no hay sin embargo poder sino de Dios (Rom. XIII, 1). Y también se llamó sueño del Señor, que ocupó a los soldados del mismo Saúl, cuando David tomó la lanza y el vaso de la cabeza del que dormía (I Reg. XXVI, 12): no porque entonces el sueño estuviera en el Señor, para que él mismo durmiera; sino porque aquel sueño, que entonces había tomado a los hombres, fue infundido

por el mandato de Dios, para que la presencia de su siervo David no fuera percibida en aquel lugar. Ni es de extrañar que de nuevo el mismo Saúl recibiera el espíritu de profecía, cuando perseguía al justo, y había venido para apresarlo y matarlo, al lugar donde estaba la congregación de los profetas. Pues así se ha demostrado suficientemente que nadie debe estar seguro de tal don, como si fuera muy acepto a Dios, si no tiene caridad: puesto que aquel don también pudo ser dado a Saúl, por el misterio ciertamente de algún sacramento; pero sin embargo pudo ser dado al reprobado, y envidioso, e ingrato, y devolviendo males por bienes, y no corregido ni cambiado para mejor después de la misma recepción del espíritu.

CUESTIÓN II.---De Dios no se dice nada digno. Presciencia si propiamente está en Dios. Ciencia qué es, y cómo está en Dios. Ira, misericordia, y celo de Dios en qué sentido se dice. A las cosas divinas se les atribuyen vocablos humanos, pero allí deben entenderse sin las imperfecciones. Sabiduría y ciencia en qué difieren. Arrepentirse cómo conviene a Dios. Arrepentimiento y celo por qué parecen menos convenientes a Dios que presciencia, ira y similares.

1. Ahora, veamos cómo se ha dicho: "Me arrepiento de haber constituido rey a Saúl" (1 Sam. XV, 11). Preguntas, no porque seas inexperto en la comprensión de tales palabras, sino explorando mis rudimentos con paternal interés y benigna atención, cómo puede arrepentirse Dios de algo, en quien reside toda la presciencia. Yo, en verdad, cuando se dice esto de Dios, consideraría que se dice algo indigno, si se encontrara algo digno que pudiera decirse de Él. Pero dado que todas las palabras con las que se tejen las conversaciones humanas son superadas de manera maravillosa e incuestionable por su eterna virtud y divinidad, cualquier cosa que se diga humanamente de Él, que incluso a los hombres les parezca despreciable, la misma debilidad humana es advertida de que incluso aquellas cosas que se consideran adecuadamente dichas de Dios en las Sagradas Escrituras, son más adecuadas a la capacidad humana que a la sublimidad divina; y por lo tanto, también deben ser trascendidas con un entendimiento más sereno, así como estas han sido trascendidas de alguna manera.

2. ¿Quién de los hombres no comprende que en Dios, que todo lo sabe de antemano, no puede haber arrepentimiento? Y ciertamente, sin embargo, estas son dos palabras, arrepentimiento y presciencia, de las cuales, porque creemos que una es congruente con Dios, es decir, la presciencia, negamos que haya arrepentimiento en Él. Pero cuando alguien, al tratar estos asuntos con una consideración más clara, pregunta cómo incluso la presciencia es congruente con Dios, y descubre que la noción de esta palabra también es superada en gran medida por su inefable divinidad, no se sorprende de que ambas cosas puedan decirse de Él por causa de los hombres, de quien ambas cosas serían incongruentes si se dijeran por causa de Él mismo. ¿Qué es la presciencia sino el conocimiento de las cosas futuras? Pero, ¿qué puede ser futuro para Dios, que trasciende todos los tiempos? Pues si el conocimiento de Dios abarca las cosas mismas, no son futuras para Él, sino presentes; y por lo tanto, ya no puede llamarse presciencia, sino simplemente ciencia. Si, sin embargo, como en el orden de las criaturas temporales, aún no son las cosas que serán, pero Él las anticipa con su conocimiento; entonces las percibe de dos maneras, una según la presciencia de las cosas futuras, y otra según la ciencia de las cosas presentes. Algo, por lo tanto, se añade temporalmente al conocimiento de Dios; lo cual es sumamente absurdo y falso. Pues no puede conocer lo que prevé que vendrá cuando ya ha llegado, a menos que lo conozca dos veces, tanto previendo antes de que existan, como conociendo cuando ya existen. Así sucede que (lo cual está muy lejos de la verdad) algo se añade temporalmente al conocimiento de Dios, cuando las cosas temporales que se prevén también se perciben como presentes, las cuales no se percibían antes de que existieran, sino que solo se prevenían. Si, sin embargo,

incluso cuando han llegado, las cosas que se preveían que vendrían, nada nuevo se añade al conocimiento de Dios, sino que esa presciencia permanece como era incluso antes de que llegaran las cosas que se preveían; ¿cómo se llamará ya presciencia, cuando no es de cosas futuras? Pues ya son presentes las que veía como futuras, y poco después serán pasadas. Pero de las cosas pasadas, como de las presentes, de ninguna manera puede decirse presciencia. Se vuelve, por lo tanto, a la idea de que el conocimiento de las cosas ya presentes, que era presciencia de las mismas cosas futuras, y cuando lo que era presciencia antes, se convierte en ciencia en Dios, admite mutabilidad y es temporal; siendo Dios, quien verdaderamente es sumamente y de ninguna manera mutable, ni de ningún modo temporal. Por lo tanto, es conveniente que no digamos presciencia de Dios, sino simplemente ciencia: busquemos también cómo. Pues no solemos decir ciencia en nosotros, a menos que retengamos en la memoria lo que hemos sentido y entendido; cuando recordamos haber sentido o entendido algo, para que lo recordemos cuando queramos. Pero si esto es así en Dios, que pueda decirse propiamente, "Entiende y entendió, siente y sintió"; admite tiempo, y se introduce, sin embargo, esa mutabilidad que debe ser alejada de la sustancia de Dios. Y sin embargo, Dios sabe y prevé de manera inefable: así también se arrepiente de manera inefable. Pues así como el conocimiento de Dios está muy distante del conocimiento humano, de modo que la comparación es ridícula, sin embargo, ambos se llaman conocimiento: y este conocimiento humano es tal, que el Apóstol dice incluso de él, "El conocimiento se destruirá" (1 Cor. XIII, 8); lo cual de ninguna manera puede decirse correctamente del conocimiento de Dios. Así también la ira del hombre es turbulenta y no sin angustia del alma: pero la ira de Dios, de la cual se dice en el Evangelio, "Pero la ira de Dios permanece sobre él" (Juan III, 36); y el Apóstol, "Porque se revela la ira de Dios desde el cielo contra toda impiedad" (Rom. I, 18); permaneciendo Él continuamente en tranquilidad, ejerce con admirable equidad la venganza en la criatura sometida. La misericordia del hombre también tiene alguna miseria del corazón, de donde también en la lengua latina toma su nombre: pues de ahí también es que el Apóstol exhorta no solo a alegrarse con los que se alegran, sino también a llorar con los que lloran (Rom. XII, 15). Pero, ¿quién en su sano juicio diría que Dios es tocado por alguna miseria? Sin embargo, en todas partes la Escritura testimonia que Dios es misericordioso. Así también entendemos el celo humano no sin la peste de la envidia: pero el celo de Dios no así, sino con la misma palabra, no del mismo modo.

3. Sería largo recorrer los demás, y son innumerables las cosas por las cuales se muestra que muchas cosas divinas son llamadas con los mismos nombres que las humanas, aunque con una diversidad incomparable están separadas: sin embargo, no en vano se han dado los mismos nombres a ambas cosas, porque estas, conocidas en la costumbre diaria y conocidas por experiencias más comunes, proporcionan algún camino para entender aquellas sublimes. Pues cuando elimino del conocimiento humano la mutabilidad, y ciertos pasos de pensamiento en pensamiento, cuando recordamos, para que veamos con el alma lo que no estaba en su contemplación poco antes, y así saltamos de parte en parte con frecuentes recuerdos; de donde también el Apóstol dice que nuestro conocimiento es en parte (1 Cor. XIII, 9): cuando, por lo tanto, he quitado todas estas cosas, y he dejado solo la vivacidad de la verdad cierta e incommovible que contempla todo con una sola y eterna contemplación; más bien no lo he dejado, pues la ciencia humana no tiene esto, sino que lo he pensado según mis fuerzas; se me insinúa de alguna manera el conocimiento de Dios: lo cual, sin embargo, el nombre, por el hecho de que al saber algo no se oculta al hombre, pudo ser común a ambas cosas. Aunque también en los mismos hombres suele distinguirse de la sabiduría el conocimiento, como también dice el Apóstol, "A uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría, a otro palabra de conocimiento según el mismo Espíritu" (1 Cor. XII, 8): pero en Dios ciertamente no son dos, sino uno. Y en los hombres, estas cosas suelen distinguirse de

manera probable, de modo que la sabiduría pertenece al entendimiento de las cosas eternas, y el conocimiento a las cosas que experimentamos con los sentidos del cuerpo. Pero aunque alguien proponga otra diferencia, sin embargo, si no fueran diferentes, no serían distinguidas así por el Apóstol. Lo cual ciertamente si es así, que el nombre de conocimiento se asigna a las cosas que experimentamos por los sentidos del cuerpo; no hay en absoluto conocimiento de Dios. Pues Dios no consiste en sí mismo de cuerpo y alma, como el hombre. Pero es mejor decir que hay otro conocimiento de Dios, y no del mismo género que el que se dice de los hombres: así como también lo mismo que se dice de Dios, es muy diferente de lo que se dice que "se paró en la sinagoga de los dioses" (Sal. LXXXI, 1). Sin embargo, la misma comunicación del vocablo pertenece a no ocultarse de alguna manera. Así también de la ira del hombre quito el movimiento turbulento, para que permanezca el vigor de la venganza; y así de alguna manera me elevo al conocimiento de lo que se llama ira de Dios. Asimismo, de la misericordia, si quitas la compasión, con el que te compadeces, de la miseria compartida, para que permanezca la bondad tranquila de ayudar y liberar de la miseria, se insinúa algún conocimiento de la misericordia divina. Tampoco debemos rechazar y despreciar el celo de Dios, cuando lo encontramos escrito: pero quitemos del celo humano la palidez del dolor y la perturbación mórbida del alma; y que permanezca solo el juicio, por el cual la corrupción de la castidad no se permite impune, y nos elevamos para comenzar a captar de alguna manera el celo de Dios.

4. Por lo tanto, cuando leemos también a Dios diciendo, "Me arrepiento"; consideremos lo que suele ser en los hombres la obra del arrepentimiento. Sin duda se encuentra la voluntad de cambiar: pero en el hombre es con dolor del alma; pues reprende en sí mismo lo que hizo temerariamente. Quitemos, por lo tanto, estas cosas, que provienen de la debilidad e ignorancia humana, y que permanezca solo el querer que algo no sea como era: así puede insinuarse un poco a nuestra mente, con qué regla se entiende que Dios se arrepiente. Pues cuando se dice que se arrepiente, quiere que algo no sea como hizo que fuera: pero sin embargo, también cuando era así, debía ser así; y cuando ya no se permite que sea así, ya no debe ser así, con un juicio perpetuo y tranquilo de equidad, por el cual Dios dispone todas las cosas mutables con voluntad inmutable.

5. Pero dado que solemos llamar presciencia y ciencia con alabanza en los hombres, y el mismo enojo suele ser temido por el género humano en los grandes poderes más que ser reprendido, creemos que tales cosas se dicen congruentemente de Dios. Pero quien tiene celo, y a quien algo le arrepiente, ya que suele ser culpado, o corregir en sí mismo una culpa, y por eso se dicen estas cosas de los hombres con reprensión; por eso nos mueve, cuando leemos que hay algo así en Dios. Pero esa Escritura, cuidando de todos, pone más bien también estas cosas, para que aquellas que agradan no se entiendan en Dios como se acostumbran a entender en los hombres. Pues a través de estas cosas que desagradan, cuando no nos atrevemos a entenderlas así en Dios como se encuentran en el hombre, aprendemos también a buscar aquellas de manera que creíamos que eran aptas y convenientes. Pues si por eso no debe decirse aquello de Dios, porque desagrada en el hombre; no digamos que Dios es inmutable, porque de los hombres se ha dicho con reprensión, "No hay en ellos cambio" (Sal. LIV, 20). Asimismo, hay ciertas cosas que son loables en el hombre, pero no pueden estar en Dios: como la vergüenza, que es un gran ornamento de las edades más jóvenes: como el temor de Dios, que no solo se alaba en los libros antiguos, sino que el Apóstol también dice, "Perfeccionando la santificación en el temor de Dios" (2 Cor. VII, 1); que ciertamente no hay en Dios. Así como ciertas cosas loables de los hombres no se dicen correctamente de Dios; así ciertas cosas culpables de los hombres se entienden correctamente en Dios: no como en los hombres, sino solo con vocablos comunes, de manera y razón muy diferentes. Pues poco

después el mismo Samuel, a quien el Señor había dicho, "Me arrepiento de haber constituido rey a Saúl", le dice a Saúl sobre Dios, "Porque no es como hombre, para que se arrepienta" (1 Sam. XV, 29): donde evidentemente muestra que incluso cuando Dios dice, "Me arrepiento"; no debe tomarse al modo humano, como ya hemos discutido en la medida de nuestras posibilidades.

CUESTIÓN III.---Cómo pudo ser evocado Samuel por la pitonisa. Tal vez fue un fantasma de Samuel, no su espíritu. Cómo los demonios conocen el futuro.

1. También preguntas si el espíritu inmundo que estaba en la pitonisa pudo hacer que Samuel fuera visto por Saúl y hablara con él (1 Sam. XXVIII, 7-19). Pero es un milagro mucho mayor que el mismo Satanás, príncipe de todos los espíritus inmundos, pudo hablar con Dios, y pedir tentar a Job, un hombre justísimo (Job I, 11): quien también pidió tentar a los Apóstoles (Luc. XXII, 31). O si esto no tiene una cuestión difícil, porque la verdad presente habla a través de cualquier criatura que quiera, a cualquier criatura que quiera, y no es de gran mérito a quien Dios habla: pues importa qué es lo que habla; porque también el emperador no habla con muchos inocentes, a quienes prudentemente cuida para su salvación; y habla con muchos culpables, a quienes ordena matar: si, por lo tanto, no hay cuestión aquí; no haya cuestión de cómo también un espíritu inmundo pudo hablar con el alma de un hombre santo. Pues Dios, creador y santificador de todos los santos, es ciertamente mucho mayor. Pero si esto mueve, que se permitió al espíritu maligno excitar el alma de un justo, y como si fuera de los ocultos receptáculos de los muertos, evocarla; ¿no es más admirable que Satanás mismo tomó al Señor y lo puso sobre el pináculo del templo (Mat. IV, 5)? Pues de cualquier manera que lo haya hecho, también el modo en que se hizo para que Samuel fuera excitado, de manera similar permanece oculto. A menos que alguien diga que fue más fácil para el diablo tener licencia para tomar al Señor vivo de donde quisiera y ponerlo donde quisiera, que para excitar el espíritu de Samuel ya fallecido de sus moradas. Pero si eso en el Evangelio no nos perturba, porque el Señor quiso y permitió que se hiciera sin ninguna disminución de su poder y divinidad; así como permitió ser tomado, atado, burlado, crucificado e incluso muerto por los mismos judíos, aunque perversos e inmundos y haciendo las obras del diablo: no es absurdo creer que por alguna disposición de la voluntad divina se permitió que el espíritu del profeta santo, no involuntariamente ni por el poder mágico dominante y subyugante, sino voluntariamente y obedeciendo a la disposición oculta de Dios, que también ocultaba a la pitonisa y a Saúl, consintiera en mostrarse a los ojos del rey, para golpearlo con una sentencia divina. Pues, ¿por qué el alma de un buen hombre, llamada por los malos vivos, si viene, parecería perder su dignidad; cuando también los vivos buenos a menudo vienen llamados a los malos, y actúan con ellos según lo que el deber de la equidad requiere, conservando y manteniendo intacto el decoro de su virtud, y tratando con los vicios de aquellos por el uso o necesidad de las cosas presentes?

2. Aunque en este hecho puede haber otra salida más fácil y un entendimiento más expedito, para que no creamos que el espíritu de Samuel fue verdaderamente excitado de su descanso, sino alguna imagen, y una ilusión imaginaria hecha por las maquinaciones del diablo, que por eso la Escritura llama con el nombre de Samuel, porque las imágenes de las cosas suelen ser llamadas con los nombres de las cosas de las que son imágenes. Así como todo lo que se pinta y se modela de alguna materia de metal o madera, o de cualquier cosa apta para tales obras, y lo que también se ve en sueños, y casi todas las imágenes, suelen ser llamadas con los nombres de las cosas de las que son imágenes. Pues, ¿quién duda en llamar hombre a un hombre pintado? Ya que incluso cuando miramos una pintura o una pared, aplicamos sin vacilar los nombres propios: como cuando mirando una tabla o pared, decimos, Ese es Cicerón, ese es Salustio, ese es Aquiles, ese es Héctor, ese río es el Simois, esa es Roma;

cuando no son más que imágenes pintadas. De donde los querubines, aunque son potestades celestiales, sin embargo, hechos de metal, como Dios ordenó, sobre el arca del Testamento, para significar una gran cosa, no se llaman otra cosa que querubines también esas figuras (Éxodo XXV, 18). Asimismo, quien ve un sueño, no dice, Vi una imagen de Agustín o de Simpliciano; sino, Vi a Agustín o a Simpliciano: cuando en ese momento que vio algo así, nosotros no lo sabíamos; hasta tal punto es evidente que no se ven las personas mismas, sino sus imágenes. Y Faraón dijo que vio espigas en sueños y vacas (Gén. XLI, 17-28), no imágenes de espigas o vacas. Si, por lo tanto, está claro que las imágenes son llamadas con los nombres de las cosas de las que son imágenes; no es extraño que la Escritura diga que se vio a Samuel, incluso si tal vez apareció una imagen de Samuel, por la maquinación de aquel que se transfigura como ángel de luz, y a sus ministros como ministros de justicia (2 Cor. XI, 14, 15).

3. Ahora bien, si te preocupa cómo el espíritu maligno pudo predecir la verdad a Saúl, también podría parecer sorprendente cómo los demonios reconocieron a Cristo (Mat. VIII, 29), a quien los judíos no reconocían. Pues cuando Dios quiere que alguien conozca la verdad, incluso a través de los espíritus más bajos e infernales, solo en lo que respecta a lo temporal y a esta mortalidad, es fácil y no incongruente que el omnipotente y justo, para castigar a aquellos a quienes se les predice, para que sufran anticipadamente el mal que les amenaza antes de que llegue, con un oculto despliegue de sus ministerios, incluso a tales espíritus les imparta algo de adivinación, para que lo que oyen de los ángeles lo anuncien a los hombres. Sin embargo, solo oyen lo que el Señor y moderador de todo ordena o permite. Por eso también el espíritu pitónico en los Hechos de los Apóstoles da testimonio del apóstol Pablo e intenta ser evangelista (Hech. XVI, 17). Sin embargo, estos mezclan engaños y anuncian la verdad que pudieron conocer no con el fin de enseñar, sino de engañar. Y tal vez esto es lo que ocurrió cuando aquella imagen de Samuel predijo a Saúl que moriría, diciendo también que estaría con él, lo cual es falso. Porque en el Evangelio leemos que los buenos se separan de los malos por un gran intervalo después de la muerte, cuando el Señor testifica que entre aquel rico orgulloso, que ya sufría tormentos en el infierno, y aquel que yacía ulceroso a su puerta, ya en reposo, hay un gran abismo interpuesto (Luc. XVI, 26). O si Samuel le dijo a Saúl "Estarás conmigo" no para referirse a una igualdad de felicidad, sino a una condición similar de muerte, porque ambos eran hombres y ambos podían morir, y ya muerto le anunciaba la muerte al vivo; tu prudencia, creo, percibe que, según ambos entendimientos, esa lectura tiene un desenlace que no va contra la fe: a menos que, tal vez, con una investigación más profunda y compleja, que excede mis fuerzas o el tiempo disponible, se descubra claramente si el alma humana, cuando ha migrado de esta vida, puede o no ser evocada por cánticos mágicos para aparecer ante los vivos, incluso llevando las líneas del cuerpo, de modo que no solo pueda ser vista, sino también reconocida. Y si puede, si incluso el alma de un justo, no obligada por ritos mágicos, sino dignándose a mostrarse obedeciendo a los mandatos más ocultos de la ley suprema: para que, si se aclara que no puede ser, no se admitan ambos sentidos en el tratamiento y exposición de esta Escritura, sino que, excluyendo uno, se entienda que la simulación imaginaria de Samuel fue hecha por un rito diabólico. Pero dado que, ya sea que eso pueda ocurrir o no, sin embargo, la astuta operación de engaño de Satanás y la simulación de imágenes vigila de múltiples formas para engañar los sentidos humanos, aunque no prescribamos a investigaciones más diligentes, sin embargo, pensemos que algo así ocurrió por el maligno ministerio de aquella pitonisa, mientras no se nos permita concebir y explicar algo más.

CUESTIÓN IV.---Sobre la postura del cuerpo al orar.

En cuanto a lo que preguntas, qué significa lo que está escrito, "Entró el rey David y se sentó ante el Señor" (II Sam. VII, 18): ¿qué otra cosa se puede entender sino que se sentó en la presencia del Señor; ya sea donde estaba el arca del Testamento, por la cual se puede entender una presencia más sagrada y encomendada del Señor; o porque se sentó para orar, lo cual no se hace correctamente sino en la presencia de Dios, es decir, en lo más íntimo del corazón? Pues también se puede entender así lo que se dijo, "ante el Señor"; donde no hubiera hombres que escucharan al que ora. Ya sea por el arca del Testamento, ya sea por un lugar secreto apartado de testigos, ya sea por lo más íntimo del corazón donde estaba el afecto del que ora, se dijo convenientemente, "Se sentó ante el Señor". A menos que lo que te preocupe sea que oró sentado; cuando también el santo Elías lo hizo, cuando obtuvo la lluvia orando (I Re. XVIII, 42-45). Con estos ejemplos se nos advierte que no está prescrito cómo debe disponerse el cuerpo para orar, sino que el alma presente ante Dios realice su intención. Pues también oramos de pie, como está escrito, "El publicano, en cambio, se mantenía a distancia" (Luc. XVIII, 13); y con las rodillas fijas, como leemos en los Hechos de los Apóstoles (Hech. VII, 59, y XX, 36); y sentados, como aquí David y Elías. A menos que también oráramos acostados, no estaría escrito en los Salmos: "Lavaré mi lecho cada noche; con mis lágrimas regaré mi cama" (Sal. VI, 7). Pues cuando alguien busca la oración, coloca sus miembros en la posición del cuerpo que le parezca adecuada para el momento para mover el ánimo. Pero cuando no se busca, sino que se infunde el deseo de orar, es decir, cuando algo de repente viene a la mente que mueve el afecto a suplicar con gemidos inenarrables, de cualquier manera que encuentre a la persona, no debe diferirse la oración, para buscar dónde retirarse, o dónde estar de pie, o dónde postrarse. Pues la intención de la mente genera soledad para sí misma, y a menudo incluso olvida hacia qué parte del cielo, o en qué posición del cuerpo encontró sus miembros en ese momento.

CUESTIÓN V.---Sobre las palabras de Elías quejándose a Dios por la muerte del hijo de la viuda.

En cuanto a las palabras del bienaventurado Elías, cuando dijo: "Oh Señor, testigo de esta viuda, con la cual habito, ¿tú has hecho mal al matar a su hijo?" nada preocuparía si se mantuviera la verdadera pronunciación. Es la voz de alguien que no cree que Dios haría tan mal con esa viuda, que tan piadosamente había recibido al Profeta, especialmente en el tiempo en que él estaba allí, a quien ella había ofrecido todo su escaso sustento en tan gran y extrema necesidad. Así pues, se dijo como si dijera: "Oh Señor, testigo de esta viuda, con la cual habito, ¿tú has hecho mal al matar a su hijo?" para que se entienda que el Señor, testigo del corazón de esa mujer, donde veía cuánta era su piedad, y por eso mismo había enviado a Elías a ella, no había matado a su hijo por maldad, sino para mostrar un milagro para la gloria de su nombre, para recomendar a tan gran Profeta tanto a los que vivían entonces como a los que vendrían después: como dice el Señor, que Lázaro no había muerto para muerte, sino para que Dios fuera glorificado en su Hijo (Juan XI, 4). Y por eso las consecuencias lo prueban, y también la confianza misma con la que Elías creyó que no había ocurrido para que su anfitriona fuera afligida con un amargo duelo: sino más bien para que Dios mostrara más magníficamente a la viuda qué tipo de siervo de Dios había recibido. La Escritura sigue y dice: "Y sopló sobre el niño tres veces, e invocó al Señor, y dijo: Señor mi Dios, que vuelva ahora el alma de este niño a él. Y así fue hecho." Esta súplica, con la que Elías pidió tan brevemente y con tanta confianza que el niño resucitara, indica suficientemente con qué afecto se dijeron las palabras anteriores. Y la misma mujer muestra que su hijo fue muerto para lo que Elías había presumido que había sido hecho, cuando pronunció esas palabras no confirmando, sino rechazando. Pues cuando recibió a su hijo vivo, dijo: "Ahora sé que eres un hombre de Dios, y que la palabra del Señor en tu boca es verdaderísima" (I Re. XVII-XX,

21-24). Hay muchas cosas en las Escrituras que, a menos que se pronuncien de esa manera, caen en un sentido contrario: como es, "¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Dios es el que justifica" (Rom. VIII, 33), si respondes como confirmando, ves cuánta perversidad surge. Así pues, debe pronunciarse como si se dijera, "¿Dios, el que justifica?" para que se entienda, "No, en absoluto." Y por lo tanto creo que esa sentencia de Elías es clara, que la falta de pronunciación hacía oscura.

CUESTIÓN VI.---Sobre el espíritu de mentira enviado para engañar a Acab.

Sobre el espíritu de mentira, por el cual Acab fue engañado (I Re. XXII, 20-23), entendamos esto, que ya creo que ha sido tratado suficientemente claro anteriormente: que Dios, omnipotente y justo distribuidor de castigos y recompensas según los méritos, no solo utiliza a los buenos y santos ministros para obras adecuadas, sino también a los malos para obras dignas; cuando ellos, por su perversa codicia, desean hacer daño, pero se les permite solo tanto como él juzga, quien dispone todas las cosas en medida, peso y número (Sab. XI, 21). Sin embargo, esto lo dijo el profeta Miqueas tal como le fue mostrado. Pues una cosa oculta y demasiado secreta se muestra así a los profetas, como puede captar el sentido humano, cuando incluso con imágenes de cosas en la revelación se instruye como con palabras. Porque cómo Dios hace estas cosas, estando presente en todas partes y siempre; y cómo los santos ángeles, y todos los espíritus sublimes y purísimos creados por el mismo Dios, consultan la simple, inmutable y eterna verdad, y lo que ven eternamente justo en él, lo realizan temporalmente por la congruencia de las cosas inferiores: cómo también los espíritus caídos, que no permanecieron en la verdad, debido a la impureza e impotencia de sus concupiscencias y castigos, no pueden contemplar y consultar la verdad presente internamente, sino que esperan señales externamente a través de la creación, y por ellas se mueven ya sea para hacer algo o para no hacerlo; y cómo son obligados por la ley eterna que gobierna el universo, atados y constreñidos, ya sea a esperar a Dios que permite, o a ceder al que manda; abarcar esto es arduo y explicarlo es larguísimo. Sin embargo, temo que estas mismas cosas que he dicho, no hayan satisfecho tus expectativas y hayan sido tediosas para tu gravedad; ya que, cuando tú de todas las preguntas que hiciste, querías que te enviara un solo libro, yo envié dos libros, y tal vez no respondí a tus preguntas de manera diligente y expedita. Por lo tanto, pido muchas y constantes oraciones por mis errores; y solicito tu juicio sobre esta obra, breve pero grave; y mientras sea verdaderísimo, no rehúso que sea severísimo.